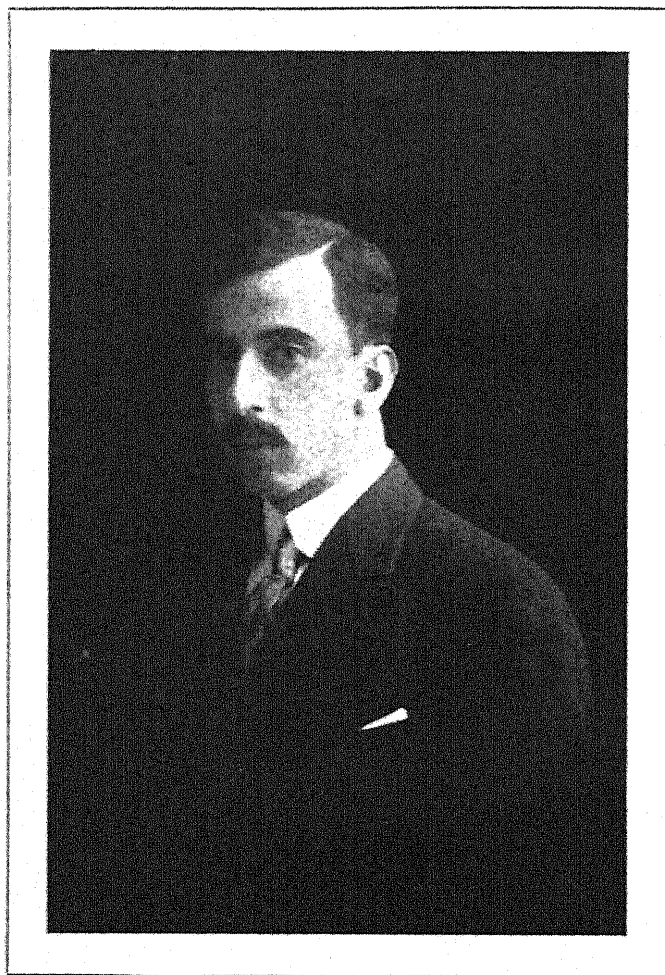




ISMAEL CORTINAS

FARSA CRUEL

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

Estrenada en Montevideo por
la Compañía «Arellano-Tesada»
y en Buenos Aires por la Com-
pañía «Angelina Pagano».

C. 100.549

MONTEVIDEO

TALLERES GRÁFICOS A. BARREIRO Y RAMOS

Barreiro y Ca., Sucesores

Calle Bartolomé Mitre, N.º 1467

1915

1PQ8519.C864.F3

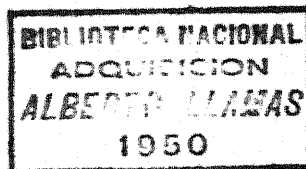
Montevideo, Enero 20 de 1915.

Señora Valentína Butler de Fyn.

De mí mayor consideración:

Con sumo placer, accedo á la deferente solicitud de la Comisión "Damas de Caridad" que usted preside, dispuesta á imprimir "Farsa Cruel" á beneficio de la obra piadosa que realiza con generoso empeño. Envíole, pues, con dicho fin, los originales de la comedia, asegurándole que quedaré plenamente complacido si esa insignificante contribución resulta de alguna eficacia caritativa. Con la más sincera expresión de reconocimiento saluda á usted atentamente

Ismael Cortinas.



A PROPÓSITO DE "TEATRO NUESTRO"

Disertación pronunciada en el Teatro Urquiza precediendo á "Farsa Cruel" en su 12.^a representación, á beneficio de la Comisión "Damas de Caridad".

Señoras, señores:

Una consideración de índole estética, ha influído para que en esta fiesta se suprimiera el clásico juguete cómico ó dramático, reemplazándolo por una breve disertación sobre "teatro nuestro" que ha de oficiar, sin pretensiones, á modo de simple y modesto "lever de rideau". La gentileza de las damas que os han congregado con fines filantrópicos me ha encomendado esa tarea y aquí me tenéis, cumpliendo el cometido, no para dar una conferencia, como benévolamente se ha dicho, sino para decir cuatro palabras, ya que sería indisculpable petulancia — no siendo orador, ni presumiéndolo, siquiera — obligaros á escuchar un largo monólogo, cuando necesito de toda vuestra bonhomía para soportar los diálogos de mis personajes.

Al fin y al cabo, si la cariñosa y "original" solicitud que suele prodigarse á los autores para que hablen después del espectáculo, puede insinuarse

aquí—á pesar de las mejores intenciones—bueno es anticiparse y hablar antes del fallo, para evitar concesiones impuestas por la galantería de un público favorablemente predispuesto para la producción casera. Hablemos, pues, del "teatro nuestro", con la ingenuidad si se quiere, de los niños que sueñan en las hazañas épicas de sus soldados de plomo, pero con la buena fe que palpita en aquel juego, inocente, sí, pero juego al fin, que es regocijo íntimo, emoción, idealidad y por consiguiente, manifestación primaria de arte y de belleza. Tal vez algún escéptico sonría, ya que es común acostumbrarse á vivir de prestado, considerando que existen privilegios seculares á favor de las viejas sociedades que nos envían todo: arte, literatura, ciencias, modas. Teatro nuestro, ¡pensará asombrado! Vaya una pretensión cuando falta todo: ambiente artístico, autores, actores, críticos y hasta... modistos! ¿Qué importa que tengamos alma nacional, modalidades propias, hábitos, costumbres y hasta originalidades lugareñas que acreditan una fisonomía moral sin máscaras que la deformen y le quiten su más genuina expresión?

¡Ah... ¿tenemos todo eso? dirá el escéptico, remedando al famoso Mr. Jourdain, inmortalizado por el genio de Molière. Y se quedará pasmado ante el hallazgo.

Por fortuna, se trata de casos de excepción y esta fiesta constituye la mejor prueba de que existe, por lo menos, simpatía íntima por las realizaciones del pasado y del presente, y una gran esperanza en las promesas del porvenir.

¿Y qué sería de nuestra sociedad, señores, si no se sintiera animada por el soplo impalpable pero fecundo de la simpatía: esa fuerza instintiva y propulsora que á todos nos ennoblece y nos dignifica, redimiéndonos de la precaria y mísera condición humana? Renegaríamos de la más preciosa facultad creadora, de esa virtud que fundó pueblos y religiones, que conquistó desiertos, que afianzó solidaridades generosas, que dictó fórmulas científicas y que llegó por fin hasta la más alta cumbre: la de la belleza incorpórea y sutil: flor de la vida cuyo perfume es eterno porque prolifica en lo inmortal de nuestro ser — en los sentimientos y las ideas — para sobrevivirnos como una prolongación de la vida interior. Ciertamente que comenzamos á subir la cuesta, pero, ¿acaso todos los pueblos que hoy pueden enorgullecerse de una cultura superior, no han tenido que realizar la misma ascensión? Concretándome al teatro — que es el tema elegido — fácil me sería demostrar en una breve incursión histórica, que nuestros balbucesos son precoces, si se comparan con el largo proceso evolutivo de los pueblos que nos sirven de ejemplo, ya que hay centurias interpuestas entre la primitiva tragedia Griega ó la máscara italiana del Renacimiento ó la farsa inocente de los galos ó la prosopopeya castellana del siglo de oro y las realizaciones actuales que culminan con el verismo de Bracco, la espiritualidad de Rostand, la ternura de Bataille, la ironía de Benavente y la sátira de Bernard Shaw. Pero no incurriré en digresiones vanidosas á base de antologías, porque todos vosotros cono-

céis mejor que yo, el proceso literario de las edades hasta nuestros días, en que con brevísimo intervalo de tiempo, saboreáis desde aquí, la "première" de los triunfadores consagrados por el éxito europeo.

Hablaré, pues, de los nuestros... ya que también los tenemos grandes, indiscutidos, originales, heraldos de emoción y de belleza que marcaron jalones de gloria para las letras uruguayas. Prescindiré — para no abusar de vuestra atención — de lo que podríamos llamar ciclo primitivo, en que la personificación del gaucho malevo ó del gaucho trova, declamaba preciosas décimas de *Moratorio* ó de *Regules* en los escenarios de circo, para citar á los que posteriormente forjaron los cimientos del teatro nacional; y prescindiré también de los que actualmente colaboramos en la obra, ya que esa contribución, aun no ha sido depurada por el tiempo, que es el supremo juez. Sólo evocaré dos nombres respetables y queridos: *Florencio Sánchez* y *Samuel Blixén*, ya que ellos bastan para sellar las credenciales del teatro uruguayo, no como promesa halagadora sino como realidades consagradas por el plebiscito nacional.

Blixén, señores, fué un precursor en la literatura teatral y un precursor estoico que supo elevarse sobre los gustos de su época, permaneciendo fiel á sus preferencias estéticas, contra todas las conspiraciones de un ambiente precario. Él soñaba escenas de distinción impecable y gentilicia, donde los personajes aletearan como visiones de ensueño; con rumor de versos en los

labios, con gracia sutil y encantadora en el gesto, con perfume delicioso en el alma.

Más que un dramaturgo certero y pujante, fué un poeta de la escena, que no conmovió multitudes — cosa que tampoco se propuso — pero que tejió delicados poemas, prodigando el optimismo confortante en su deliciosa "*Primavera*", discreteos voluptuosos en "*Verano*", dulce y serena melancolía en esa admirable joya que se llama "*Otoño*" y suave escepticismo en "*Invierno*". Después: "*Ajena*", "*Un cuento del tío Marcelo*", "*Jauja*" y tantas otras obras originales y amables, donde rivalizaban el donaire y la gracia, el estilo y la agudeza, el sentimiento y la serenidad. El ambiente no estaba preparado para la revelación porque faltaban actores y público entusiastas y por eso *Blixén* no fué más fecundo pudiendo repetirse lo que ya dije en otra ocasión: "que se fué para siempre sin haber desplegado las alas para remontarse en rauda vuelo, sin haber revelado el poema genial que palpitaba en lo íntimo, pensando acaso con *Sully Prudhomme*: "mis versos más bellos, no serán escritos jamás; de mi obra, lo mejor permanece en mí mismo". Pero, se ocultó la estrella rutilante que había escintilado en la noche y entonces, con el horizonte más claro, surgió el astro. ¡*Florencio Sánchez*!

Para hablar de su teatro necesitaría escribir un libro, porque hay genio palpitante en todas sus escenas, genio en la concepción, en el colorido, en la frescura, en el diálogo, en las frases, y hasta en los silencios. En las primeras obras pal-

pita el alma de la raza y no hay soplo de verdad que supere al que aletea en "M' hijo el doctor" en "Barranca abajo", "La gringa" y "Cédulas de San Juan". Después el verismo crudo y amargo: "Los muertos", "En familia", "La pobre gente" y por último el teatro superior, el de emoción y de conceptos: "Nuestros hijos" y "Los derechos de la salud" páginas hermosas que pueden competir con las mejores del teatro contemporáneo.

Está demás, por lo tanto, el análisis crítico de toda la obra, desde que ella constituye el libro de oro del arte dramático americano, libro que todos sabemos de memoria y que sería pueril ir acotando página por página. Pero si es ocioso hablar sobre el escritor, ¿cómo no recordar la silueta característica del bohemio bonachón, el de los ojos grandes, las manos afiladas y el cuerpo anguloso; el de la sonrisa enigmática con expresión confusa de bondades ingénitas, de experiencia amarga, de alegrías de niño y de tristezas inconfesadas? ¿Cómo no recordarlo en sus distintos aspectos: en los momentos de charla expansiva, de ironía sin malicia; en las horas de triunfo; en las noches de escepticismo, locura o abandono....? Pocas imágenes tan personales como la suya, en la que resplandecía un signo genial, embelleciendo las líneas peculiares de la raza. Y luego, tan francote, bueno, campechano: capaz de las mayores ingenuidades y dispuesto siempre á olvidar los capítulos de realidad amarga, aprendidos en un libro doloroso, que él había deletreado, sintiendo sobre las espaldas el recio azote de las peores disciplinas!...

En homenaje á su memoria, permitidme que reitere la invocación formulada desde su tumba una vez que el azar me llevó hasta la Necrópolis de Milán:

"Le debemos un homenaje digno de su obra. No es que hayamos sido injustos, pues el aplauso, el ditirambo y el halago triunfal, embellecieron muchas horas de su vida.

Le debemos el homenaje de la consagración póstuma: el calor de la tierra nativa para sus cenizas y el recuerdo imperecedero del mármol para su memoria. Todo no ha de ser para los audaces generales, que en una hora de denuedo escribieron una página memorable con su espada. También la pluma gana batallas y en ese sentido la de Sánchez merece los honores de la epopeya. Ahí están sus obras con plétora de belleza, de poesía, de emoción, como cimiento inconvencible de la literatura teatral uruguaya y americana. Y aquí están en cambio los despojos del creador genial en medio de la indiferencia y el silencio, en tierra hospitalaria, pero no la misma que él tanto quiso y á la que dió en ofrenda lo mejor de su vida.

Frente á su tumba, no crecen sauces ni rosales. Ahí crecerán porque hasta la propia tierra palpitará de emoción y de orgullo, cuando acoja con amorosa solicitud al bohemio inmortal de los ojos grandes, las manos afiladas y la sonrisa triste... á Florencio Sánchez!"

Señores:

Grave injusticia cometería si en esta breve síntesis sobre teatro nuestro no tuviera un capítulo especial para los intérpretes á quienes los autores y el público sólo debemos expresiones de gratitud y cariño. Son nuestros, también: han surgido por generación espontánea, personifican en nuestro ambiente, el exponente original y característico que acredita los rasgos peculiares de la raza. Sin ellos, las creaciones literarias no hubieran tenido la vida de la escena. Hablan nuestro idioma, repiten nuestros modismos, interpretan fielmente las modalidades típicas del lugar.

Por eso mismo, porque son nuestros, solemos incurrir en injusticias, aplicándoles el criterio rígido y severo que sólo soportan las celebridades. No; seamos justos y apreciemos su labor con el criterio relativo que aplicamos á todas las cosas nuestras, porque de otro modo jamás llegaremos á culminar en las realizaciones del arte dramático. A su dedicación, á su perseverancia unamos nuestro consorcio espiritual y hasta la protección oficial, como ocurre en todas partes, y así, poco á poco, evolucionando lentamente, llegaremos á la realización del teatro propio: prestigioso, independiente, original, educador.

De mí se decir, que cualesquiera que sean los triunfos ó derrotas del porvenir, siempre los recordaré con afecto. Ellos me han ofrecido la primera sonrisa de estímulo — la que más cuesta — y á ellos debo hasta esta satisfacción inmensa de poder hablaros del Teatro Nacional, contri-

buyendo á una obra piadosa, realizada con fe inquebrantable por las nobilísimas damas de Caridad — obra que no todos conocéis, pero que es digna de todo estímulo, obra que no responde á preferencias ideológicas porque á todos nos une — tanto á los místicos iluminados como á aquellos otros "directores de las monjas de la desilusión" que diría Flaubert — obra cuyo símbolo resplandece en una sola palabra: ¡caridad!.... ¡caridad!.... que es verbo evangélico para el creyente, dulce reproche para el jacobino y suave reclamo para quienes sin creer ni negar, cruzamos por la vida auscultando horizontes de belleza, de amor y de justicia, y adhiriendo á las sollicitaciones de un arte noble y desinteresado que sólo pide lo que sobra en la pródiga ofrenda de nuestras alegrías, para compensar lo que falta en la triste lobreguez de la desgracia ajena!...

A Manuel Martínez Chavarría.

Testimonio de amistad invariable.

I. C.

Estancia "Los Cardos". — Otoño de 1914.

FARSA CRUEL

PERSONAJES

Blanca	25 años
Carola	40 »
Maruja	20 »
Jorge	35 »
Gustavo	30 »
Carlos	25 »
Doctor Real	40 »
Criada	

ACTO PRIMERO

DECORADO: Budoir lujoso y sobrio. — Al foro galería de vestíbulo. En la ochava, vista al dormitorio. Izquierda y derecha puertas practicables.

ESCENA I

BLANCA y CAROLA

Blanca. — (Después de una pausa en que habrá estado leyendo "L' Illustration").

¡Bah!... ya me figuro el final... ésto no tiene interés. — Lo de siempre.

Carola. — También, eres exigente... Nada te entretiene... Eso es, saltéate las páginas para no perder tiempo y llegar al fin. — Aprende conmigo. — Hace un mes que me entretengo... haciendo *crochet*. — Figúrate si saltéara los puntos para concluir. La juventud... Todo le hastía... todo le disgusta... todo le aburre! Ah... sobrina, la vida regalada, la vida cómoda...

Blanca. — No te dije... el mismo final de todas las comedias. Es ridículo. Los franceses parece que

no tuvieran más que un sólo asunto para el teatro: la mujer, el marido y el amante.

Carola. — ¿Y te parece poco?

Blanca. — El eterno tema... Ahí tienes... (*Dándole la revista y parándose*) Una mujer que coquetea con otro para reconquistar al marido. (*Vá hacia el foro*).

Carola. — Ah... hija. — Los hombres son así. — El único consecuente fué Adán, y eso, porque no tenía donde elegir. — Lo que es hoy, figúrate. — Por eso yo: sola, sola, — viudita, estoy perfectamente. — En tu caso, la verdad, no sé lo que haría... Sin embargo, tú tienes un poco de culpa.

Blanca. — ¿Yo?

Carola. — Sí... tú. — No haces nada por tu parte y dejas todo librado á la casualidad. — Jorge te quiere... á su modo... como quieren hoy. — Ya sabes su teoría. ¿Para qué prodigar el cariño? — Es cursi... — El amor como las medicinas... por cuentagotas... ¡Canallas! — Pero insisto en que tú también tienes culpa. ¡Si presumieras un poco más!... ¡Si te dejases de melancolías y te propusieras atraerlo!... En el fondo son como los niños: un sólo juguete los aburre. — La cuestión es embellecerlo, para que siempre parezca otro... Y además... (*pausa*). ¿No has reparado en los chicos? Cuando otro de su edad se fija en el juguete arrumbado... recién entonces se acuerdan de que lo quieren, y... lloran ó protestan.

Blanca. — ¿Pero qué quieres decir? Estás enigmática...

Carola. — Nada.... Bien sabes que estoy convencida

de tu virtud. Pero por lo mismo que estás segura de tí...

Blanca. — ¿Qué? ¿Qué?

Carola. — Cocos,... coquitos... es la única fruta que á esos pícaros les indigesta.

Blanca. — ¡Qué les importa! Ya ves: hoy es mi cumpleaños y Jorge no ha podido tener una atención. (*Pausa*). Parece mentira... (*Un gran suspiro y después de una pausa solloza*).

Carola. — Pero hija... ¿qué tienes? ¿qué te pasa? Nada ganas con afligirte... ¿Qué?... ¿qué tienes? ¿Te sientes mal?

Blanca. — No... ya pasó... es una opresión... al pecho...

Carola. — ¡Ah, esto no puede seguir así!... — Ahora cuando venga el doctor Real, es necesario que te reconozca bien...

Blanca. — ¿Tú le llamaste?

Carola. — Sí: desde hace días te noto muy abatida... Hoy le hablé por teléfono.

Blanca. — ¿Para qué? No hay necesidad...

Carola. — Ya sé que no es para morirse... y hasta sé quien sería tu mejor médico... ¿verdad?

Blanca. — Basta; no insistas. — Hoy te has propuesto mortificarme...

Carola. — No seas así con tu tía Carola... ¡mimosa!...

ESCENA II

DICHOS, MARUJA y la CRIADA por el foro

Criada. — Pase, señorita, pase.

Maruja. — (*Á Blanca*). Adiós, ricura... te felicito.

Que los cumplas muy felices. (*La besa*). ¿Cómo está Carola?

Carola. — Bien.

Maruja. — ¿Pero qué? ¿Lagrimitas tenemos? — No seas así, mujer... Cualquiera diría que eres muy desgraciada.

(*A Carola*). ¿Y siempre por lo mismo? Parece mentira que estos hombres sean tan... Lo que es yo, no quiero ni verlos.

Carola. — ¿Lejos? (*Pausa*). — Ahí viene Carlos.

Maruja. — ¿Dónde? (*Saca un espejito y polvos de la cartera y se arregla*).

Carola. — No... me pareció su voz... es el sirviente. (*Risas*).

Maruja. — (*Pellizcándola*). ¡Perversa!

Mirá Blanca, para que veas que me acuerdo de ti... (*Le dá una cajita*). Es una chuchería...

Blanca. — Gracias, Maruja, eres muy buena.

Carola. — ¿Qué es?

Blanca. — Un medallón con el retrato de Jorge.

Carola. — (*A Maruja*). ¡Ah!... para eso me lo pediste el otro día. ¿Qué mono! Espera, te lo voy á poner. (*Se lo pone*). ¿Y no le das un beso siquiera?

Blanca. — (*Mirando el medallón*). No... no... (*Pausa*). (*Lo pone en el seno*). Así; para que él, no lo vea...

Maruja. — Pero ánimate mujer... En este día debías estar alegre. ¿Y tu marido?

Carola. — Salió temprano con Carlos y no ha venido á almorzar. ¡Un lance de honor!

Maruja. — ¿Quién?

Carola. — No te asustes: fueron de padrinos.

Maruja. — ¡Pero qué barbaridad! ¿No tiene otra cosa que hacer?

Blanca. — Ahí tienes: la vida de Club. — Las cuatro de la tarde y no lo he visto.

DICHOS y la CRIADA

Criada. — Señora: está el doctor Real.

Carola. — Dile que pase. (*Mutis de la criada*).

Maruja. — ¿Hay enfermos?

Carola. — No; Blanca que está siempre abatida y sólo le faltan chuchos. — Yo le he dicho cual es el mejor remedio: pasear, divertirse. Teatros, fiestas... todo.

Maruja. — Salí; ayer Domingo, estuve en el Prado. — Uf... un "cacherío" imposible. Había una de pollera roja y bata amarilla. — Bandera española, hija; date cuenta.

ESCENA III

DICHOS y el DOCTOR REAL

Dr. Real. — Señoras...

Carola. — Adelante, doctor, pase...

Dr. Real. — ¿Cómo está señora? (*saludos*) señorita...

Blanca. — Discúlpeme doctor, pero ha sido Carola, que lo ha hecho molestar sin necesidad.

Carola. — No, señor. — Hace muchos días que Blanca se siente molestada y yo quiero que usted la observe detenidamente.

Dr. Real. — ¿Depresión nerviosa?



Maruja. — ¿No será del corazón?—Es la enfermedad de moda.

Dr. Real. — ¡Ah!... ¿Entonces usted?...

Maruja. — Sí; un poquito. (*A Blanca*). ¿Y tú?

Blanca. — No; nunca he sentido nada. Más bien al pecho: un poco de opresión.

Dr. Real. — ¿Ganas de llorar?

Blanca. — Á veces.

Dr. Real. — Me parece que en ese caso mis medicinas...

Carola. — No; de cualquier modo, doctor, es necesario que usted la ausculte detenidamente.

Dr. Real. — Muy bien; como le parezca.

Carola. — ¿Por qué no pasan ahí al dormitorio?

Blanca. — Pero, si no es necesario.

Carola. — No; no; ya que está aquí... Pase doctor, y tú Blanca.

Blanca. — Bueno, te haré el gusto. (*Pasan al dormitorio*).

Carola. — ¿Quieres que yo vaya de practicante?

Blanca. — No... ¿para qué? Acompaña un momento á Maruja.

ESCENA IV

CAROLA y MARUJA

Carola. — Esta muchacha, ya me está preocupando.

Maruja. — Son mimos.

Carola. — Oh... lo que es por eso... Te garanto que los maridos de hoy en día no se preocupan mucho...

Maruja. — ¿Y los de antes?

Carola. — Era otra cosa. Por lo menos no se pasaban el día por ahí... sin venir á sus casas... Bueno, cierto que no había donde ir... Pero de cualquier modo...

Maruja. — ¿El suyo era muy bueno?

Carola. — Regular... No vayas á creerte que había inventado la pólvora... Era muy celoso. — Te figurarás que no siempre he sido como ahora... Tuve mis veinte años.

Maruja. — Natural... Y ahora, ¿cuántos?

Carola. — Eso no se dice. Y... ¿hay novedades?

Maruja. — ¿De qué?

Carola. — ¿Se decidió al fin?... No te hagas la indiferente... ahora no más debe llegar...

Maruja. — ¿Quién?

Carola. — ¿Quién? Carlos... Calaca... como lo decimos nosotros... ¿Te ha dicho algo?

Maruja. — No me interesa... — La vocación me llama por otro lado. Ayer le dije á la hermana Inés que iba á entrar de novicia...

Carola. — Me parece que más bien le habrás dicho algo á San Antonio.

Maruja. — Ah... ¿Usted no cree? Lo único que sentiré es cortarme el pelo, (*mirándose al espejo*).

Carola. — Cállate... ¡farsante!

ESCENA V

DICHOS, la CRIADA y después GUSTAVO por el foro

Criada. — Señora...

Carola. — ¿Qué?... ¿Visitas?

Criada. — Sí... el señor Gustavo.

Carola. — ¡Ah!... Dile que pase.

Criada. — ¿Aquí?

Carola. — (Pausa). Sí, es de confianza. — ¡Ah! mira, vuelve en seguida á acompañar á la señora, por si necesita alguna cosa.

Criada. — Está bien. (*Mutis*).

Carola. — Gustavo: mi sobrino. Tú lo conoces. Ahí tienes uno que podría hacerte pareja en el noviciado. — También como tú, habla de desilusiones, y no piensa en otra cosa, que en lo que piensas tú: en el amor.

Maruja. — ¿Sigue enamorado de?... (*señalando al dormitorio*).

Carola. — Schts... indiscreta. — Esas fueron cosas de la niñez. — ¿No te gustaría para tí?

Maruja. — Gracias.

Carola. — Sí, te gusta el otro... Adelante, Gustavo. (*La criada entra al dormitorio*).

DICHOS Y GUSTAVO

Gustavo. — ¿Cómo está señora?... Señorita...

Carola. — Ya era tiempo. — Hace más de dos semanas que no te veíamos la cara.

Gustavo. — Estuve muy ocupado.

Maruja. — ¿Prepara un nuevo libro?

Gustavo. — Sí; corregía las pruebas.

Maruja. — ¿Alguna novela?

Gustavo. — No; una colección de artículos.

Carola. — Me figuro que esta vez no te dará por los misticismos.

Gustavo. — No; pasó la racha. — Ahora prefiero la

sátira. — Es mejor desafiar rigores, que inspirar lástima.

Carola. — Pero, hijo, ¡qué gesto pones!

Maruja. — ¿Y qué título tiene?

Gustavo. — "Castigat riendo".

Maruja. — ¡Qué feo!

Gustavo. — Es un aforismo latino, muy propio para nuestros días.

Maruja. — ¿Y por qué no hace una novela policial? ¡Son tan entretenidas! Ahora estoy leyendo: "La aguja hueca".

Gustavo. — No tengo imaginación como para complacer lectoras á la moda.

Carola. — ¡Bah!... no es cuestión de discutir literaturas. — Usted señor filósofo, quédese con sus preocupaciones y no nos contagie sus furias demolidoras; — y usted señorita, no sea tan curiosa. — Hecha la paz, tomemos asiento.

Gustavo. — Por un instante, no más. — Recordé que era el cumpleaños de...

Carola. — De Blanca.

Gustavo. — Eso es; y subí á saludarla... de paso.

Maruja. — ¿Ve usted? en algo hemos coincidido. Yo también me acordé y subí á traerle un medallón... insignificante, pero un recuerdo, al fin.

Gustavo. — ¿No vino un mensajero que mandé?

Carola. — No; ¿Para qué?

Gustavo. — Pasaba por una florería y elegí unas flores para...

Carola. — Para Blanca. — La pobre está de consulta médica.

Gustavo. — (Con interés). ¿Está enferma?

Carola. — En realidad no sé si tiene algo. — Está un poco abatida... y triste. — Y como esas melancolías á lo mejor se convierten en enfermedades, he querido que el médico la viera.

Gustavo. — ¿Médico de almas?

Carola. — ¡Oh!... el doctor Real, íntimo de la casa.

Gustavo. — Me parece que su ciencia en este caso...

Maruja. — ¿Usted cree... lo que se murmura... que son celos y romanticismos?

Gustavo. — (*De pie*). Lo que yo creo, señorita, es que cada uno marcha con su fardo á cuestas.

Maruja. — ¿Usted también?

Gustavo. — Tal vez...

Carola. — Déjense de decir disparates... ¿Te vas, Gustavo? ¿Por qué no esperas un instante?

Gustavo. — No; usted le hará presente mis recuerdos... Y si traen las flores... (*Le dá la mano*).

Carola. — Es raro: vendrán más tarde.

Gustavo. — Adiós, señorita.

Maruja. — Me figuro que no se habrá resentido por lo de la aguja hueca.

Gustavo. — No; en todo caso repartimos; yo me quedo con la punta, que pincha, y usted...

Maruja. — ¿Con la cabeza?

Gustavo. — Como le parezca. — Hasta otro momento. (*Mutis*).

Maruja. — ¡Qué antipático!

Carola. — ¡Oh!... no exageres. — Tiene esas preocupaciones y se cree un desgraciado, un perseguido por la mala suerte; pero en el fondo es bueno.

Maruja. — No me interesa. ¿Y sigue siempre con la misma chifladura?

Carola. — ¿Cuál?

Maruja. — La de siempre. (*Hace señas para el dormitorio*).

Carola. — Vamos... mal pensada.

Maruja. — ¡Amor platónico!... Já... Já... Já...

ESCENA VI

DICHOS, BLANCA y el DOCTOR REAL

Blanca. — Pase aquí, doctor. — Ven ustedes, ya terminó el examen. (*A Carola*). Has salido con la tuya. — Dígale doctor que es lo que hay, que es lo que tengo.... No siendo viruela...

Carola. — Pero mujer, no digas esas cosas.

Maruja. — ¿Qué es lo que tiene doctor?

Blanca. — Sí, dígalo; yo también quiero saberlo. ¿Me muero ó no?

Dr. Real. — ¡Señora, por Dios! ¿quién habla de eso? — Digo, simplemente que es bueno cuidarse, cuidarse mucho; llevar una vida plácida, amable y tratar de evitar contrariedades y disgustos. — Además, le prescribiré un régimen de alimentación.

Maruja. — ¿Suprime los bombones?

Dr. Real. — No; comidas muy livianas y ningún excitante: café, te, alcohol... En fin, yo lo veré á Jorge y le explicaré el régimen á seguir.

Carola. — ¿Pero no hay nada grave?

Dr. Real. — No; un poco de opresión. — Tal vez le conviniera un viaje... con Jorge, es claro. — Cambiar de aires, de clima, y sobre todo, diver-

tirse lo mayormente posible. — Ya vé, que la receta es agradable.

Carola. — Ves, — lo que yo te decía; hay que tomar la vida por el lado alegre.

Blanca. — Cuando se puede. (*Con tristeza*).

Carola. — ¡Ah! ¿Volvemos á lo mismo?—Mire doctor, usted tiene que sugestionarla de algún modo. — El peor enemigo de Blanca, es ella misma. — Le dá por recluirse y preocuparse.

Dr. Real. — Sí, hay que cambiar de vida. (*Con mimo*). — Hay que mirar las cosas de otro modo, porque las preocupaciones morales contribuyen á arruinar la salud.

Blanca. — ¿Y qué quiere que haga? Es muy fácil decir eso... mandar en el alma ajena.

Dr. Real. — No he querido decir tanto. Las cosas íntimas... cada uno...

Blanca. — No; si usted puede hacerlo. — Usted sabe bien, como lo saben ellas... usted sabe... sí, sabe bien... (*Lleva el pañuelo á los ojos*).

Carola. — Es cierto: usted en este caso, como íntimo amigo de Jorge, podía darle un buen responso, y decirle que por causa suya ocurren muchas cosas...

Dr. Real. — Se lo diré. — Jorge es bueno y lo tendrá en cuenta.

Blanca. — ¿Usted cree?

Dr. Real. — Sí; confío... es su deber.

Carola. — Mire doctor, aquí en la intimidad, me permitirá usted que le haga una proposición.

Dr. Real. — ¿Cuál?

Carola. — Que combinemos una farsa... un complot. — Por ejemplo: usted puede decirle á Jorge que

Blanca está bastante grave, y que es necesario rodearla de los mejores afectos y cuidados. — Al principio lo hará por deber... después por costumbre y al fin... por amor. La cuestión es sacarlo de ese maldito Club... y de ciertas compañías...

Maruja. — Yo he leído en una novela algo así...

Blanca. — ¿Y qué pasó?

Maruja. — Que fueron muy felices.

Dr. Real. — De modo que solicitan mi complicidad.

Carola. — Sí; y el secreto absoluto.

Maruja. — Dígale que es al corazón: la enfermedad de moda.

Carola. — Eso es.

Blanca. — Pero me parece que eso es poco leal.

Carola. — ¿Y ellos que saben de lealtad? — Ya te dije: Adán fué el único (*Blanca sonríe*). ¡Al fin te veo reír! — Alégrate, mujer; vas á ver como dentro de poco le vas á tener que pedir al doctor que cambie la receta. — Te vas á hartar de él.

Blanca. — Carola, no seas así. (*Pausa*). Y usted doctor... ¿acepta el cometido? — Pero que él no vaya á saber que yo estoy enterada... Ah... de ningún modo. — En ese caso, prefiero que no diga nada. (*Pausa*). ¿Usted le dirá?

Carola. — ¿Y cómo no va á querer contribuir á la cura de esta enfermita?... (*Acariciándola*) enfermita de mimo, y de cariño, ¿verdad doctor?

Dr. Real. — Sí, es mi deber; hoy mismo le hablaré á Jorge. — ¿Vendrá ahora?

Carola. — No puede tardar. (*Suena el timbre*).

Maruja. — ¿Será él?

Blanca. — No; ¿para qué va á llamar?

Carola. — Y tú Maruja, no vayas á cometer ninguna indiscreción.

Maruja. — Ave María, ¡no soy tan niña!...

Dr. Real. — Bueno; pero establezco una condición. (Pausa). (Á Blanca). Que usted hará todo lo posible por secundarnos... Basta de tristezas y melancolías, ¿eh? — La vida nueva. (Preocupado). La vida nueva...

Blanca. — (Dándole la mano). Gracias; se lo prometo.

DICHOS y la CRIADA

Criada. — Señora; acaban de traer este ramo.

Carola. — ¡Ah!... debe ser de Gustavo. (Blanca toma el ramo y lee la tarjeta).

Blanca. — Sí, de Gustavo; aquí está su tarjeta.

Carola. — Sabrás que estuvo hace un rato á saludarte... y me pidió lo disculpas por no esperar...

Blanca. — ¡Pobre Gustavo! (Al doctor). Ya ve usted; flores de los extraños. Y aquí en nuestra casa...

Carola. — Bueno, basta. — Cada uno á su papel. (Á Blanca). Tú, por lo pronto, déjate de reproches. — Pon esas flores por aquí... donde se vean. — Y la tarjeta también.

Blanca. — Sí, tienes razón... Al fin y al cabo, todo es por él.

Carola. — Me parece que ahí vienen. Sí... es la voz de Jorge. Y Carlos también.

ESCENA VII

DICHOS, JORGE y CARLOS

(Jorge con una caja en la mano)

Carlos. — Messieurs... mesdames... bonsoir...

Jorge. — ¡Oh!... ¡cuánto de bueno por aquí! (saludando al doctor). ¿Cómo te va? (Á Maruja). ¿Cómo está señorita?

Carlos. — (Saludando á Blanca). Señora... le devuelvo á su marido. La comedia é finita... (Á Maruja). Mucho placer...

Maruja. — ¿Vienen del teatro? Habla usted de comedias.

Carlos. — Del teatro de la vida... señorita. — De ese teatro, donde (cantando) se ríe, se sufre, se llora y se mata... vidalita...

Carola. — Siempre el mismo... Incorregible.

Carlos. — Y qué quiere usted... que sea solemne... como mis queridos compatriotas.

Jorge. — (Á la criada). Ponga esta caja en la vitrina del despacho.

Dr. Real. — ¡La caja de pistolas! ¿Y qué ha ocurrido?

Jorge. — Nada; que me han tomado para director de lances.

Carlos. — Claro; como que aquí nadie tiene pistolas. ¡Qué país! En cuanto se concierta un duelo, todos tienen que apelar á Jorge. — Se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena. — El oriental es así, pues... Por eso mis queridos amigos, no veo la

hora de volver á aquel otro mundo... ¡Ah!...
Quién pudiera... (*Canturreando*).

Á la martinique
martinique
martinique;
C'est ça que chic
C'est ça que chic

Carola. — Pero... Calaca... por favor. (*Al doctor*). El mal de París.

Carlos. — Ustedes perdonen; pero esta casa es mi refugio espiritual. ¿Quieren ustedes que hable en serio? Pues, sepan que acabo de actuar de padrino. Sí, señores, veinticinco pasos... dos palmadas... ¡pum!... ¡pum!... Y todos contentos. — El oriental es así... pues.

Dr. Real. — ¿Es cierto? (*Á Jorge*). ¿Ha habido algo?

Jorge. — Sí, un incidente sin mayor importancia. — Gutiérrez y Zabala... cuestiones políticas. — Como no había mayor ofensa, todo no pasó de una bala al azar.

Carlos. — Que fué á pegar en el techo

Dr. Real. — Es lo que tienen estos lances. Resultan cómicos ó... trágicos. — Cuando no se acierta, la gente se ríe... y cuando se pega, alguno suele llorar...

Carlos. — ¿Y usted cree que aquí alguno se bate en serio? — Miren, les juro; si algún día me toca, voy á hacer un escarmiento: á quince pasos y apuntando.

Maruja. — En ese caso hay peligro de muerte...

Carlos. — Sí, señorita. — Si muero... si muero... Se ruega no enviar coronas.

Carola. — Sin embargo; para los casados, estos lances tienen un inconveniente. (*Pausa*). Que se pasan el día sin venir á su casa, olvidándose de ciertas cosas.

Jorge. — Tiene razón, Carola; merezco el reproche. — Sabrán ustedes, que hoy es el cumpleaños de mi mujer, y que desde muy temprano, recién puedo verla. (*A Blanca*). Pero ella es tan buena... ¿verdad Blanquita que me perdonas?

Blanca. — (*Después de aspirar el perfume del ramo de flores, mientras los otros forman un grupo y dialogan*). Tú sabras si lo mereces. — Ya ves, regalos de personas extrañas... (*Le muestra el ramo*).

Jorge. — ¿Quién lo envió? (*Leyendo la tarjeta*).
¡Ah!... ¡Gustavo!

Blanca. — Sí, Gustavo. (*Pausa*).

Dr. Real. — Y... ¿se hizo la paz?

Jorge. — Por mi parte, me entrego sin condiciones.

Maruja. — ¿Y tú... Blanca?

Blanca. — (*Pausa. Eludiendo respuesta*). ¿Se quedan á tomar el te con nosotros?

Carlos. — Ah!... lo siento mucho... pero es imposible. — Dentro de un rato, tendré que hacer la primer comunión... del día.

Maruja. — ¿Ah... sí?

Carlos. — Cocktail con papas. El primero á las cinco...

Maruja. — Creí que hablaba en serio. — Por eso me extrañaba verlo tan devoto.

Carlos. — Y lo soy... Cada uno tiene su religión...
¿Usted que santo prefiere? ¿San Antonio?

Maruja. — No... no, jamás le he pedido nada... ¿para qué?... no vale la pena...

Carlos. — Quién sabe... Cuando se tienen lindos ojos... no hay santo que resista.

Maruja. — Y usted.... Calaca.... ¿prefiere algún santo?

Carlos. — No, — prefiero las vírgenes...

Carola. — Cuando no!

Carlos. — Y de los santos...

Maruja. — ¿Cuál?

Carola. — Cuidado... Carlos...

Carlos. — ¿Cuál? (*Tomando el sombrero*). Á la una... á las dos... "Sans culotte". (*Va hasta el foro*).

Jorge. — Pero muchacho.

Carola. — ¿No les dije?

Maruja. — ¡Atrevido!

Carlos. — Pido disculpas... fué sin intención. — El oriental es así...

Maruja. — Á mi no me hable... no quiero saber nada.

Carlos. — Perdóneme... — Blanca: ¿quiere darme una flor?

Blanca. — ¿Cómo no? (*Le dá la flor*).

Carlos. — (*A Maruja*). Pido perdón humildemente y ofrezco esta flor en desagravio.

Carola. — (*Al doctor Real*). ¡Qué tarambana!

Dr. Real. — Tiene gracia.

Jorge. — Acéptela Maruja. (*Maruja toma la flor sin mirar á Carlos*).

Carlos. — (*Tarareando*). "Je sais, que vous êtes jolie".

Maruja. — ¡Antipático!

Carlos. — Señores, hasta otro momento.

Jorge. — ¿Te marchas?

Carola. — Es mejor que se vaya.

Carlos. — Sí; "Á la martinique... C'est ça que chic". (*Mutis*).

Dr. Real. — Pero qué carácter tan alegre.

Jorge. — Sí, siempre el mismo. — Es un excelente muchacho.

Maruja. — Un poco propasado.

Carola. — Bromista, pero simpático, ¿eh?

Maruja. — Yo no sé.

Carola. — No sabes, no sabes...

Dr. Real. — Dime Jorge, ¿tú vas á salir ahora?

Jorge. — No... sería demasiado. ¿Por qué?

Dr. Real. — Porque tendría que hablarte.

Jorge. — Bueno; vamos hasta mi despacho.

Carola. — No hay necesidad; quédense aquí si quieren, nosotras iremos un momento á la sala, ¿verdad Blanca?

Blanca. — Sí, quédense aquí. Vamos Maruja. Tengo dos ó tres canzonettas y vals muy lindos que trajo Carlos. ¿Quieres tocar un poco al piano?

Maruja. — No; ya es tarde; me voy á casa.

Carola. — Quédate un rato; es muy temprano.

Blanca. — Sí; vamos.

Maruja. — Bueno.

Blanca. — Con permiso, doctor.

Dr. Real. — Hasta ahora. (*Hacen mutis Blanca, Carola y Maruja por lateral derecha*).

ESCENA VIII

DOCTOR REAL y JORGE después CAROLA

Jorge. — (*Después de encender un cigarrillo*). — Bueno, estoy á tus órdenes.

Dr. Real. — ¿Quieres cerrar la puerta?

Jorge. — ¿Qué? ¿Se trata de algo muy reservado?

Dr. Real. — Sí.

Jorge. — (*Volviendo después de cerrar la puerta.*)
¿Grave?

Dr. Real. — Sí; algo muy íntimo que sólo tú puedes saberlo... porque es al que más le interesa y porque tienes mucha responsabilidad en el asunto.

Jorge. — Me pones intranquilo... ¿qué hay? ¿qué ocurre? (*Pausa*). Habla... no tengas temor... Ya sabes que yo soy fuerte... ¿Qué? Los viejos... ¿hay algo grave?

Dr. Real. — No;.... Blanca.

Jorge. — ¿Qué pasa? Dí, habla de una vez... la verdad toda... cualquiera que sea.

Dr. Real. — Sí; no te exaltes... hay que tener calma. (*Pausa*). Acabo de auscultarla detenidamente y...

Jorge. — ¿Qué?

Dr. Real. — Que está gravemente enferma... Grave... ¿comprendes?

Jorge. — Pero... no vuelvo de mi asombro. ¿Y qué tiene? (*El doctor señala el corazón*). ¿Al corazón?

Dr. Real. — Es decir... á la aorta; una gran dilatación.

Jorge. — Y... ¿hay peligro?

Dr. Real. — Sí... es un peligro constante. — Depende de muchas circunstancias. Puede vivir así muchos años... muchos... pero en cualquier momento... una gran impresión... sería fatal. Ya ves que también te alcanza la responsabilidad.

Jorge. — ¡Ah!... ni pensarlo; pobrecita, es un ángel. (*Pausa*). Pero no me explico esta revelación, así

de pronto... parece novelesco... nunca hubo síntomas... ¿cómo puedes explicarme?

Dr. Real. — ¡Oh!... hay muchos casos así. Taras hereditarias, que no salen á luz, pero que están latentes, y á lo mejor... hacen crisis.

Jorge. — ¡Qué horrible!... Me has impresionado rudamente. (*Pausa*). Pero es necesario evitar á todo trance... Tú la observarás, la vigilarás constantemente.

Dr. Real. — Sí, pierde cuidado. ¿Y tú?

Jorge. — Claro. ¿Por qué lo preguntas?

Dr. Real. — Escúchame y no te enojés. Nuestra intimidad me permite hablar de ciertas cosas. Hasta ahora te hablé como médico. ¿Quieres que te hable como amigo?

Jorge. — Sí; tienes derecho. (*Pausa*).

Dr. Real. — Dime: ¿tú estás seguro de haber ofrecido á Blanca el apoyo moral, la solidaridad espiritual, — en una palabra — el amor que ella merece?

Jorge. — ¿Por qué lo preguntas?

Dr. Real. — Y tú, ¿por qué no respondes? — Me parece que tu conciencia te reprocha muchos desvíos y...

Jorge. — La verdad, yo...

Dr. Real. — Sí, ya sé que no la has agraviado torpemente, porque te conozco. — Pero sé también, que tú entiendes el matrimonio de una manera que... será muy elegante, muy discreta, muy cómoda... pero que no es la que puede ilusionar á una mujer como la tuya... sensitiva... cariñosa... profundamente femenina. — La soledad en que vive... el abandono, también conspiran contra la salud...

Jorge. — Sí, comprendo, pero...

Dr. Real. — Y hasta contra la salud moral, créemelo.
Jorge. — ¿Qué quieres decir?

Dr. Real. — Que no tienes derecho á disculpar tu error con su virtud.

Jorge. — ¿Qué? ¿Qué? ¿Sabes algo?

Dr. Real. — ¿Ves? Tu propia violencia te demuestra que eres injusto. — Para tí la tolerancia, para ella el rigor... Bien sabes que Blanca es la más honesta de las mujeres.

Jorge. — Sí; es una locura pensar otra cosa. *(Se pasea; recoge una tarjeta del suelo y mientras el médico le habla, la coloca en el ramo).*

Dr. Real. — Pero no seas injusto. Compara tu vida con la suya y no pretendas que la ley humana, sea solamente favorable á tí. Al fin y al cabo la desilusión y el hastío son los peores consejeros.—Nunca faltan gavilanes que husmean la presa.

Jorge. — Qué.... ¿Quién? Dílo... dílo.... *(Pausa).*
(Con el ramo en la mano, mira la tarjeta y luego al médico, interrogándolo). Acaso...

Dr. Real. — No, Jorge; no pretendo calumniar á nadie. Bien me conoces. Te hablo como le podría hablar á un hermano... y te señalo simplemente los peligros de tu conducta.

Jorge. — Sí; tienes razón. Tengo mucha culpa. *(Se sienta en una silla con la cabeza entre las manos).*

ESCENA IX

DICHOS y CAROLA

Carola. — ¡Ah!... Ustedes perdonen... creí que ya habían terminado... Busco el abrigo de Maruja...

Aquí está *(lo toma)*. Con permiso. *(Váse y cierra la puerta).*

Jorge. — *(Después de una pausa)*. Bueno; te prometo secundarte de corazón. — De hoy en adelante, vida nueva... me concretaré á ella por completo.

Dr. Real. — Sí; verás como la vida les sonríe. — Tal vez convendría un viaje á Europa: distraerla, halagarla, reconquistarla... aún cuando eso no es necesario porque te quiere.

Jorge. — ¿Y ella sabe lo que tiene?

Dr. Real. — *(Pausa)*. No.

Jorge. — Entonces, confía en mí.

Dr. Real. — *(Tomando el sombrero)*. No te figuras la satisfacción que me produce oírte hablar así. Si lo cumples, será la mejor medicina... la mejor... entiéndelo bien.

Jorge. — Te lo prometo.

Dr. Real. — *(Desde la puerta)*. Bueno, hasta mañana.

Jorge. — Espera, te acompañaré.

Dr. Real. — Como gustes. *(Hacen mutis por el foro).*

ESCENA X

Queda un momento la escena sola: después

BLANCA, MARUJA y CAROLA

Blanca. — ¿Entonces no quieres quedarte?

Maruja. — No, es muy tarde. Vendré el jueves.

Blanca. — Bueno; recuerdos á Mangacha, y no te pierdas.

Carola. — Sí, vengan á pasar la tarde.

Maruja. — Bueno; adiós, ¿eh?

Blanca y Carola. — Adiós. (*Besos y saludos*).

Carola. — (*Después de una pausa volviendo del foro*).

Todavía está Jorge en la puerta hablando con Real.

Blanca. — Ya le habrá dicho... ¡Pobre! — Qué sorpresa... Mira, si supiera que es cosa nuestra. ¿Le habrá hecho impresión?

Carola. — Sí... cuando yo entré aquí, me pareció muy preocupado y hasta creo que lloraba...

Blanca. — Ah... me alegro. — Ahora voy á escribir la tarjeta. Así la farsa es completa.

Carola. — Mira Blanca, eso es una imprudencia. — Es jugar con fuego.

Blanca. — ¡Bah!... estoy bien segura.

Carola. — Ya sé que estás segura de tí, pero... es peligroso.

Blanca. — Oh... déjalo que rabie un poco... bastantes he pasado yo. — Y al fin y al cabo, no tiene nada de malo. ¿Viste el borrador? (*Leyendo*). "Blanca... saluda al señor Gustavo Correa y le agradece su atención". ¿Qué tiene de particular? La cuestión es que Jorge se preocupe y sienta celos.

Carola. — ¿Y después?

Blanca. — Si se enoja... se la muestro, — luego la rompo y... ya está.

Carola. — Bueno; haz lo que quieras. (*Va hasta la puerta del foro. — Blanca escribe en un secrétaire. — Después de una pausa*). Me parece que vuelve... Yo me voy. — Á ver si no haces un disparate... ten cuidado. (*Mutis lateral*).

ESCENA XI

BLANCA y JORGE

(*Queda un instante la escena sola. Después entra Jorge. Blanca haciéndose la que no le ha visto, continúa escribiendo. Jorge se acerca despacio á ella y después de una pausa la besa*).

Blanca. — Ah!...

Jorge. — Blanca... mi mujercita... ¿me perdonas?

Blanca. — (*Trata de ocultar lo que escribe, exagerando*). Eras tú! Pues... ¿qué quieres que te perdone?

Jorge. — Sí; hoy he estado muy desatento contigo. — Pero no fué mía la culpa... Qué quieres... compromisos. — Pero no importa. — Verás como hoy estaremos juntos. — Voy á dar orden de que nos preparen una buena cena... y después de noche, vamos juntos al teatro. ¿Quieres?

Blanca. — Sí... si tú te empeñas.

Jorge. — Pero lo dices así con desgano... yo quiero que estés contenta, alegre... quiero que sonrías, que seas feliz... tenemos que querernos mucho. (*Va á tomar las manos de Blanca, quien las oculta*). ¿Qué? ¿Qué es lo que ocultas?

Blanca. — Nada. Es una tarjeta que estaba escribiendo.

Jorge. — Ah!... para alguna amiga.

Blanca. — Sí... agradeciendo un regalo.

Jorge. — Haces bien. Han sido más atentas que yo. — Á ver, muéstramela.

Blanca. — No.

Jorge. — Pero mujer, valientes secretos que tendrás

tú. — Ya me figuro. (*Hace ademán de tomar la carta*).

Blanca. — No, te digo que no.

Jorge. — Pero, ¿qué es eso, Blanca?

Blanca. — Nada, ¿por qué te has de enterar? Son tonterías.

Jorge. — ¡Bah! no seas caprichosa. (*Con un movimiento brusco, trata de coger el sobre y consigue leer la dirección. Después de una pausa*). ¡Para Gustavo!

Blanca. — Sí.

Jorge. — ¿Y por qué lo ocultabas?

Blanca. — Por gusto, para que no seas curioso.

Jorge. — Perfectamente... (*Se pasea nervioso*).

Blanca. — Es una tontería... agradeciéndole el ramo de flores que me mandó hoy.

Jorge. — Está bueno... (*Pausa*). Muéstrame la tarjeta.

Blanca. — No... en castigo, para que no seas indiscreto.

Jorge. — Blanca; es la primera vez que haces esto. — ¿De cuándo acá con misterios? Ya sabes que no me gusta.

Blanca. — Y tú no me ofendas. Esa insistencia es ridícula.

Jorge. — Bueno, será lo que tú quieras, pero bien conoces mi carácter. — No me provoques.

Blanca. — No y no...

Jorge. — Pues yo la he de ver de cualquier modo. (*Va hacia Blanca y le toma las manos; luchan breves instantes. — De pronto cuando le saca la carta, Blanca dá un grito*).

Blanca. — ¡Ay!... ¡Ay!... que me haces daño... ¡Ay!

Jorge. — (*Gran transición. Gesto de terror. Trocándose la violencia en dulzura*). Ah... perdón... perdón... ¿te he hecho daño? ¿dónde? ¿Sientes algo? Ah!... en el corazón? (*Gesto de Blanca*). (*Jorge toca el timbre*). Perdón querida... no lo haré más... fué un arrebato. ¿Ya pasó? Alégrate... quiero que estés contenta... muy alegre. — Escucha: fué sin querer... no sientes nada... ¿verdad?... nada...

DICHOS y la CRIADA

Criada. — ¿Manda algo el señor?

Jorge. — (*Después de una pausa*). Sí; lleve esta carta al señor Gustavo. (*Pausa*).

Blanca. — ¿No la lees Jorge? — Sí, yo te lo pido.

Jorge. — No, llévela no más.

Blanca. — ¿Por qué no la leíste?

Jorge. — Porque no. ¿Ya estás bien? ¿Completamente bien?

Blanca. — Sí.

Jorge. — Bueno. — Voy hasta el escritorio. — Cuando sea hora de comer, me llamas. — Hasta ahora. — (*Mutis*).

Blanca. — (*Después de una pausa*). Ah!... ¡me quiere!... ¡me quiere! (*Saca el medallón con el retrato de Jorge y lo besa varias veces*).

TELÓN



ACTO SEGUNDO

DECORADO: El mismo del primer acto

ESCENA I

CAROLA y MARUJA

(Carola sentada, cosiendo. Maruja de pie y con sombrero)

Carola. — No, no y no. — No te digo nada... No sé.

Maruja. — Pero no sea mala. *(Mimándola)*. Usted sabe como yo la quiero. Sí... Un bomboncito, ¿eh? *(ofreciéndole)*.

Carola. — No.

Maruja. — Uno sólo... *(poniéndoselo en la boca)* uno solito.

Carola. — Zalamera... Así... así estás de consentida... Claro: uno por bondad... y después abusan...

Maruja. — ¿Pero por qué?

Carola. — Si hasta Jorge se ha dado cuenta... Los otros días me preguntó.

Maruja. — ¿Cómo? ¿Qué dijo?

Carola. — Si tú tenías algo con Calaca.

Maruja. — Pero si no hay nada... Son dragoneos no más... Diga... ¿él no le ha dicho nada? Dígame.



Carola. — ¿Y tú te crees que yo no tengo otra cosa que hacer? Lindo papel... á mi edad... Nada, se acabaron las complacencias. — No quiero más historias, ni más novelas. — Me metí en una por la pobre Blanca y estamos haciendo una farsa que ahora me pesa. — El día menos pensado, se lo digo todo á Jorge. — Es una maldad estarlo engañando. — El pobre está lo más creído en lo del corazón y no gana para sustos... No señor... está muy mal... Además, hay otras cosas que empiezan á preocuparme.

Maruja. — ¿Qué?

Carola. — Nada... imprudencias, niñerías. — ¡Ah!... y á propósito, tengo que arreglar cuentas contigo. — ¿Por qué le contaste todo á Gustavo?

Maruja. — ¿Qué?

Carola. — Sí, lo enteraste de todo. — Él sabe que lo engañamos á Jorge... Sabe lo del complot y eso no está bien. — Yo conozco su carácter y sus ideas... Es peligroso...

Maruja. — ¿Sigue... enamorado?

Carola. — No sé; entre él y tú y el otro, me van á volver loca. (*Bruscamente*). No quiero saber más nada.

Maruja. — No se enoje, Carola, — Carolita: (*pausa*) ¿vendrá hoy?

Carola. — Ah.... Juventud.... juventud.... Bueno: que sea la última vez, ¿eh? Está con Jorge en el escritorio.

Maruja. — ¿Dijo algo?

Carola. — Sí; que se vá.

Maruja. — ¿Para Europa? ¿Otra vez?... (*Nerviosa*). Ah... no... esto se acabó... no faltaba más...

Carola. — Tú vas á entrar de novicia... ¿qué te importa? (*Pausa*). Se vá esta tarde... para la estancia.—Un paseo en automóvil... creo que vuelve mañana ó pasado.

Maruja. — Ah... ¡Claro! El viernes es el baile en el Club. — Él me había dicho que iba á ir. ¡Qué linda fiesta!

Carola. — ¡Los veinte años! (*Pausa*).

Maruja. — ¿Y Blanca? ¿No está?

Carola. — Otra que bien baila. — Se me ocurrió decirle que se arreglara un poco más... y ahora, no sale de casa de la modista. — Figúrate: hoy día de recibo, y no ha venido... En cambio á Jorge, no hay quien lo saque de casa. Me parece que ahí vienen...

Maruja. — Sí; son ellos. (*Se mira rápidamente al espejo*).

Carola. — ¡Qué lástima tener que cortarte el pelo! ¿eh?

Maruja. — ¿Para qué?

Carola. — Para el convento... ¡farsante!

Maruja. — ¡Pero Carola!...

ESCENA II

DICHOS, JORGE y CARLOS por lateral izquierda

(*Jorge con traje de entrecasa y Carlos con traje de viaje y una escopeta*)

Carlos. — Salí, salí, te estás poniendo imposible. ¡Estos maridos! ¡Oh!... como está Maruja (*saludos*). Ustedes perdonen, pero le estaba pasando una

buena filípica á éste... Parece mentira... Ya no hay amigos, ni diversiones, ni paseos, ni aperitivos... figúrense ustedes... Ahora que yo había descubierto una martingala para el cubilete. Convéncete... estás hecho un opio, más bien dicho... ¡un marido! ¡Y todavía le aconsejan á uno que se case!...

Jorge. — ¿Todo eso porque no voy?

Carlos. — ¡Es claro! Un paseo lindísimo. — Ahí están todos los muchachos esperando en el Jockey...

Te llevo en el auto... Volvemos mañana ó pasado.

Jorge. — Basta; no insistas.

Carlos. — ¿Ven ustedes? Está visto: hay que reformar el refrán. — En vez de: muérete y verás... cástate y no verás nada.

Carola. — Pues, si todos pensarán así... estaban lucidas las solteras.

Carlos. — Ya sé... lo digo en broma.

Jorge. — ¿Tú no piensas casarte?

Carlos. — Te diré... más de una vez hemos hablado de eso con los amigos. Porque la verdad: ¿qué hace uno aquí? Cuando yo tenía la bomba de París.

Carola. — ¿Qué?

Carlos. — La bomba... la preocupación, no se me ocurrió pensar en eso... Pero desde que el viejo me negó permiso... sí, permiso... (*hace señas de dinero*) para otro viaje... y quiere que me vaya á la estancia, — figúrense... he tenido que pensar...

Carola. — Y es lo que debías de hacer... Hay tantas muchachas buenas y de su casa...

Carlos. — Sí, ya sé que las hay (*mirando á Maruja*).

Muy buenas... y hacendosas. ¿Sabes á lo que le llaman hacendosas los muchachos en el Club? (*Seña de dinero*). Cuando hay...

Jorge. — Pero tú... me figuro...

Carlos. — No... ahora me he vuelto sentimental... tengo la bomba poética (*Queda junto á Maruja y Jorge con Blanca. Los diálogos siguientes simultáneos y en forma confidencial*).

Jorge. — ¿Y Blanca, no ha venido?

Carola. — No, todavía no.

Jorge. — Pero, ¿dónde fué?

Carola. — Á la modista. — No debe tardar.

Jorge. — (*Mirando el reloj*). Hace más de una hora. — Que venga aquí la modista, es mejor.

Maruja. — Bueno; ¿pero viene para el baile?

Carlos. — Sí, ¿cómo no?

Maruja. — Mire que es el viernes.

Carlos. — Ya sé, ¿no me regala esa flor?

Maruja. — No.

Carlos. — Démela, no sea así.

Maruja. — (*Se la dá disimuladamente*). Bueno.

Carlos. — (*Tarareando*). "Je connais une blonde... il n'y en a q'une au monde".

Maruja. — ¿Otra vez? (*Gesto de enojo*).

Carlos. — Bueno; no lo haré más. — Maruja, hasta la vuelta.

Maruja. — (*Sin darle la mano*). Que le vaya bien.

Carlos. — Le aseguro, que á la vuelta, no canto más canzonetas. Se acabó la bomba de París... Ahora

señores, hasta pronto... Adiós Carola, muchos recuerdos á Blanca...

Carola.— Á ver si vuelves más serio... y piensas en lo que te ha dicho tu padre.

Carlos.— Ah... ¿el matrimonio? (*Mirando á Maruja*). Ya lo he pensado: "Una casetta blanca, vicino al mare".

Jorge.— Pero tus amigos se van á cansar de esperarte. — ¿Á qué hora salen? Me parece que se quedan.

Carlos.— No, adiós... (*Desde el foro*). "Al campo don Nuño voy... donde probaros espero, etc..."

ESCENA III

JORGE, CAROLA y MARUJA

Jorge.—Le envidio su carácter. Miren que hace tiempo que lo trato. Jamás le he visto triste... Bueno, ¿qué preocupaciones puede tener? Soltero... rico... joven... Hermosa edad.

Maruja.— Pero Jorge, ¿parece usted melancólico?

Jorge.— No... hay días señorita. La bomba gris, como diría Calaca.

Maruja.— Pues, cuántos le envidiarán á usted.

Jorge.— Ya vé, de casero, y mi mujer paseando.

Carola.— Pero Jorge: bien sabes que fué á la modista.

Jorge.— Sí, ya sé. — pero antes no salía tanto y era mejor.

Carola.— En cambio, tú lo hacías por los dos.

Jorge.— Además, ella está enferma y no le convienen agitaciones... ya le he dicho que tiene que cuidarse, pero no hace caso.

DICHOS y CRIADA

Criada.— Señora...

Carola.— ¿Qué hay?

Criada.— Está el señor Gustavo.

Jorge.— (*Impaciente*). ¿Qué quiere? ¿qué desea?

Carola.— Pero Jorge, pareces un niño.

Criada.— Preguntó por la señora Blanca y como yo no sabía si había vuelto, le dije que esperara.

Jorge.— Dígale que no está. (*Pausa*). No; recíbalo usted Carola, yo me voy al escritorio.

Carola.— Hágalo pasar.

Criada.— Está bien. (*Mutis*).

Jorge.— Hasta ahora Maruja. (*Mutis izquierda*).

Maruja.— Yo también me voy. — En casa me estarán esperando. (*Mira el reloj*). Ya es tarde.

Carola.— Eso es, como el otro se fué...

Maruja.— No sea así. Mañana voy á venir á acompañarla, para que no se queje.

Carola.— Anda, buena pieza.

Maruja.— Adiós. (*La besa*).

ESCENA IV

DICHOS y GUSTAVO, con unas pruebas en la mano

Gustavo.— Buenas tardes.

Carola.— Entra, Gustavo.

Gustavo.— Como está, señorita.

Maruja.— Ya lo vé. De retirada. De modo que saludo y despedida (*dá la mano*). Adiós, ¿eh?

Carola.— Siéntate Gustavo. — ¿Todavía andas atareado con el libro?

Gustavo. — Sí, las pruebas, no terminan nunca. — Precisamente quería mostrárselas á Blanca. — Le dedicaré un...

Carola. — ¿Y te parece bien, eso?

Gustavo. — Bah.... todo el mundo conoce nuestra amistad.

Carola. — Sí, pero todo el mundo sabe que antes pasaron ciertas cosas...

Gustavo. — ¿Y qué? No le voy á tapar la boca al mundo.

Carola. — Pero la comprometes... Precisamente yo queria decirte algo y espero que no lo tomarás á mal.

Gustavo. — ¿Qué hay?

Carola. — Perdóname, ¿eh?, pero yo no sé fingir.

Gustavo. — ¿Qué pasa?

Carola. — Lo que pasa es... que... como decirte... que de un tiempo á esta parte tu asiduidad... resulta un poco sospechosa. — Yo creí que ya habías olvidado.

Gustavo. — ¡Olvidar!... es muy fácil decirlo... Olvidar... cuando se tiene continuamente por delante la imagen querida.

Carola. — Pero Gustavo, no hables así.

Gustavo. — ¡Bah!... yo tampoco sé fingir. — Tal vez si ella hubiera sido completamente feliz, la hubiera olvidado, aun cuando el amor propio y el orgullo, habían quedado sangrando después de la derrota. — Pero ver que pasan los días... y que sufre... y que languidece... como una rosa de otoño... sin sol para el alma... sin alegría para el espíritu...

Carola. — Pero ahora, es feliz. Jorge la quiere, la mima.

Gustavo. — Por temor... por lástima, porque la cree muy enferma; pero no con el amor que ella merece y que no puede ofrecérselo... quien no la comprende, quien no es capaz de interpretarla.— ¡Oh... la farsa, se ve bien claro... hasta que llegue el día en que no se pueda seguir mintiendo! Los matrimonios de conveniencia!

Carola. — ¡Ah! ¿pero tú crees que Blanca se casó por interés?

Gustavo. — No sé... pero tengo derecho á pensarlo. — Las conveniencias sociales, los prejuicios, la familia... todo... todo se conjuró para anonadarme. — Se presentó el partido y... todos conspiraron para que ella se decidiera, — pero no sabían que el tiempo es el supremo vencedor. — He sufrido lo que no puede usted imaginar... pero al fin la senda es más propicia... Hoy tengo un nombre, una personalidad, una posición. — Y me he mantenido fiel á la fé jurada. — Esa es mi venganza.

Carola. — ¿Y qué te propones?

Gustavo. — No sé. — Ha habido momentos en que he estado á punto de reclamar mi sitio en su corazón. Pero... un temor... á la adversidad... á algo fatal que me persigue, me ha hecho vacilar. — Los otros días, cuando recibí su tarjeta... tuve intenciones de decirlo á gritos.

Carola. — Pero eso es una obsesión, Gustavo! — No tienes derecho para venir á perturbar esta casa. — No tienes derecho.—Tú abusas de la confianza que aquí...

Gustavo. — No, nada tengo que reprocharme. — Pero ahora que él... por compasión ó por lástima...

Carola. — Lo que harás es provocar un escándalo...

Gustavo. — No hay peligro... Lo que él menos quiere es disgustarla porque la cree enferma.

Carola. — Pero, ¿qué dices? ¿qué piensas? ¿Qué moral es la tuya?

Gustavo. — La moral humana.... Unos vencen de frente, porque son fuertes y preferidos por la suerte. — Otros...

Carola. — Ah!... yo me opondré con todas mis fuerzas. — Yo tengo que evitar de cualquier modo... los quiero demasiado. Tú no debes venir más a esta casa.

Gustavo. — Perfectamente, todos contra mí.... como siempre. — Apelaré al último fallo...

Carola. — ¿Cuál?

Gustavo. — Su corazón... que hable libremente.

Carola. — No; no: ni una palabra.

Gustavo. — ¿Seguiré la farsa entonces?

Carola. — Es preferible.

Gustavo. — ¿Esa es la moral de ustedes?

Carola. — Esa es la moral de todos. — ¿Me prometes que tendrás juicio?

Gustavo. — Según a lo que usted llame juicio...

Carola. — Oh... tú lo sabes. Te lo pido por lo que más quieras.

Gustavo. — Lo que más quiero. . Lo que más quiero!..

Carola. — Schits... silencio...

ESCENA V

DICHOS y BLANCA por el foro, elegantemente vestida

Blanca. — ¿Cómo está Gustavo?

Gustavo. — Muy bien, señora. Todavía con las pruebas.

— Quiero que usted elija el artículo que he de dedicarle.

Blanca. — Ah!... muchas gracias... ¿Qué te parece este sombrero, Carola?

Carola. — Muy bonito, muy chic.

Blanca. — Figúrate que por un cuarto de hora, casi lo pierdo. — Luisa Veles había encargado un modelo igual. (*Mirándose al espejo*). Me sienta bien, ¿verdad? ¿qué dice usted Gustavo?

Gustavo. — Que de un tiempo á esta parte, ha habido un gran cambio en su espíritu.

Blanca. — Tiene razón. — He comprendido que no vale la pena afligirse... que es mejor sonreír á la vida á despecho de todo.

Gustavo. — ¡Á despecho de todo! ¿es una frase?

Blanca. — Como usted quiera; no la he pensado.

Gustavo. — ¿La ha sentido?

Blanca. — Tal vez. (*Suena el timbre*).

Carola. — Alguna visita. — Tú ni te acuerdas, que hoy es día de recibo.

Blanca. — ¡Bah!... son tan pocas las personas que me visitan. (*Se saca el sombrero*).

Gustavo. — En ese caso, he elegido mala oportunidad para leerle.

Blanca. — No, con mucho gusto. (*Carola va hacia la puerta*).

Gustavo. — ¿No se aburrirá usted?

Blanca. — ¡Valiente!... Me gusta mucho lo que usted escribe.

Gustavo. — ¿De verdad?

Blanca. — Claro... yo no se mentir...

Gustavo. — ¡Quién sabe!

Criada. — (A *Carola*). — La señora de Suárez y señorita. — Esperan en la sala.

Carola. — Blanca, te esperan.

Blanca. — Ah!... si tú fueras tan buena que las recibieras un momento. — Estoy fatigada. — Yo voy en seguida. ¿Quieres?

Carola. — Me parece que tú debes ir; yo me quedo aquí con Gustavo.

Gustavo. — Por mí...

Blanca. — No; hazme el favor. — Me aburren; me fastidian.... Yo iré después á saludarlas.

Carola. — Es que .. escucha. ¿Tú permites Gustavo?

Gustavo. — Sí, cómo no?

Carola. — (A parte). No quiero que te quedes sola con él... Tengo miedo...

Blanca. — ;Pero Carola!

Carola. — Sí, estás jugando con fuego... Es necesario que esto concluya de una vez. — Pídele la tarjeta que le enviaste y muéstrasela á Jorge.

Blanca. — No te preocupes... déjalo que rabie un poco. ¿Está ahí?

Carola. — Sí; pídesela... por favor ..

Blanca. — Bueno, te haré el gusto. — (En voz alta). ¿Y vas á recibirlas ó no?

Carola. — Sí, voy. — Pero me figuro, que no se irán sin que tú las saludes.

Blanca. — Yo iré después. — Discúlpame de cualquier modo.

Carola. — Bueno; y... ya sabes, ¿eh? (Mutis).

Blanca. — Pierde cuidado.

ESCENA VI

BLANCA y GUSTAVO

Blanca. — Esta Carola es intransigente. — Dice que las de Suárez se van á resentir...

Gustavo. — En ese caso, sería yo el culpable.

Blanca. — Usted.... ó su libro.

Gustavo. — Cualquiera que sea: el autor, ó la obra, igualmente se agradece. — Es una distinción..

(*Blanca mira por los cristales hacia fuera*).

Blanca. — ;Qué hermoso día! Todo sonrío, todo invita á vivir, á vivir. ¿Usted no siente entusiasmo por estas tardes de Sol? ;Qué hermosura!

Gustavo. — Sí, lo siento. Por lo menos, la claridad exterior, disimula la penumbra íntima...

Blanca. — Ah!... muy poético. ¿Sigue usted prodigando las bellas frases?

Gustavo. — Las más bellas son las que no se piensan... como en este caso.

Blanca. — Penumbra íntima. ¿Y por qué?

Gustavo. — ¿Y usted lo pregunta?

Blanca. — Bueno; no preguntaré más. — Veamos esas pruebas. ¿De manera que yo tengo que elegir la composición que se me ha de dedicar? — Tengo curiosidad de verlas.

Gustavo. — Curiosidad... es un sentimiento muy femenino.

Blanca. — Bueno... interés si usted quiere.

Gustavo. — ;Sentimental?

Blanca. — Deme, yo las leo.

Gustavo. — Como usted quiera (*buscando*). Aquí hay una que tal vez le guste.

Blanca. — (*Leyendo*). "Derrotas triunfales" — El título es sugestivo: "Todos aquellos que en homenaje á la sinceridad de sus sentimientos íntimos, han realizado el sacrificio de mantenerlos ajenos á la voluptuosidad del triunfo inmediato, han obtenido la más grande de las victorias: la de su propia naturaleza. Vencerse á sí mismo, cuando todo consagra exteriormente la derrota, es triunfar para el porvenir. — Es mantener intacto el escudo que ha de asegurar la supremacía del sentimiento inmortal, sobre todas las conjuraciones, — y mantener izado el pabellón, que ha de flamear sobre la más alta cumbre: la del ideal realizado, — contra todo y por encima de todo. — En ese caso la victoria dá derechos". — Es muy bonito el principio.

Gustavo. — Pues el final, yo lo diría de memoria. Y agregaría tantas cosas que no se pueden decir en un libro!.

Blanca. — ¿Qué agregaría usted?

Gustavo. — ¿Quiere que le diga con franqueza?

Blanca. — Si yo puedo oirlo.

Gustavo. — Sí; es tal vez la única que debe oirlo...

La única capaz de comprenderlo.

Blanca. — ¿Por qué?

Gustavo. — Porque usted lo ha inspirado.

Blanca. — Oh... eso ya no es literatura...

Gustavo. — Pero es la verdad... una verdad muy honda... muy honda que no puedo ocultar más.

Blanca. este momento es decisivo para mí. —

Durante algunos años, he callado mientras la creí feliz, pero supe enaltecer los sentimientos íntimos, salvándolos de la derrota. El tiempo me ha vengado; mi alma es la misma y ha sido necesario que yo la viera sufrir, para decidirme á revelarle el secreto de mi sufrimiento. — Sí, también sufro por usted.

Blanca. — ¿Por mí?

Gustavo. — Sí, porque la quiero... como antes... más... mucho más...

Blanca. — (*Parándose*). ¡Oh... Gustavo!... yo creí que de aquel amor... sólo quedaba un afecto tranquilo... amistoso... sí, amistoso...

Gustavo. — No... la amistad entre nosotros es una farsa.

Blanca. — Entonces usted ha interpretado mis demostraciones de amistad cordial, por otro sentimiento.

Gustavo. — No sé; pero todo lo suyo, hasta lo más trivial, tiene para mí, el perfume del primer amor — Vea: (*Saca la tarjeta*), he besado su nombre mil veces.

Blanca. — Oh... mi tarjeta. En ese caso le pido que me la devuelva...

Gustavo. — ¿Por qué? Ella me ha consolado en muchas noches de insomnio, después de seis años, vino hasta mis soledades, como una sonrisa, como una promesa....

Blanca. — Oh... por favor... devuélvame la, por favor... yo se lo ruego. (*Va hacia él*).

Gustavo. — No; digamos la verdad una vez por todas: sí, por encima de todas las conveniencias y los prejuicios. — Yo te quiero, Blanca, te quiero...

Blanca. — Gustavo, por favor... (*trata de sacarle la tarjeta y él de besarla*). No... no... es mía... es mía... (*Se la saca*).

Gustavo. — Te quiero, sí, y estoy dispuesto á todo... al escándalo... á lo que sea...

Blanca. — Oh... basta... basta... (*Va hasta la ventana y mira*). Silencio; ahí viene Jorge.

Gustavo. — Pues que lo sepa.

Blanca. — No, Gustavo, yo se lo ruego. No olvide... que está en mi casa...

ESCENA VII

DICHOS y JORGE

Jorge. — Buenas tardes. ¿Hace rato que estabas por aquí?

Blanca. — No, hace un momento. Me encontré con Gustavo y...

Jorge. — Parece que discutían.

Blanca. — Sí; quiere dedicarme un artículo de su próximo libro.

Jorge. — ¡Ah!... ¿todavía no está pronto?

Gustavo. — No, aún estoy corrigiendo pruebas.

Jorge. — Me alegraré que tenga mucho éxito.

Gustavo. — Gracias.

(*Pausa*).

Jorge. — Qué lindo día, ¿eh?

Gustavo. — Sí; hace muy buen tiempo.

Jorge. — Me alegro por Carlos, que tendrá un magnífico viaje.

Blanca. — ¿Fué para la estancia?

Jorge. — Sí, por pocos días. — Estuvo á despedirse y como tú no estabas, te dejó recuerdos.

Blanca. — Fui á la modista.

Jorge. — Sí, me dijeron.

Gustavo. — Bueno; ustedes me perdonarán, pero tengo que ir á entregar estas pruebas. — Hasta otro momento, ¿eh?

Jorge. — Adiós.

ESCENA VIII

JORGE y BLANCA

Jorge. — ¿Sabes que estás muy elegante?

Blanca. — ¿Te gusta? Es muy sencillo, compré un sombrero también. (*Se vuelve á mirar en el espejo. Jorge se sienta preocupado*). Me figuro que te ha de gustar. Te aseguro que es una lidia. Con el cambio de estación, la modista tiene que hacer milagros. Yo antes no me explicaba las preocupaciones por los tules y las cintas. No te figuras. (*Pausa. Coloca la prueba y la tarjeta en el secrétaire*).

Jorge. — ¿Qué haces?

Blanca. — Guardo estos papeles.

Jorge. — ¿Qué papeles?

Blanca. — Oh... y después dicen que nosotras somos las curiosas...

Jorge. — ¿Pero qué es?

Blanca. — Es una composición que Gustavo quiere dedicarme en su nuevo libro, ¿quieres leerla? (*Se la dá*). Y además otra cosa que te vá á sorprender.

Te voy á dar una lección. — ¿Te acuerdas de aquella tarjeta que querías leer el día de mi cumpleaños? Aquí la tienes.

Jorge. — Guárdala. (*Sigue mirando la prueba*).

Blanca. — Ah... no te interesa! Pues yo te la voy á leer... escucha bien... "Blanca... saluda al señor Gustavo Correa y le agradece su atención". ¿estás enterado? Bueno, ahora... (*La rompe*). Ya no queda nada. (*Pausa*).

Jorge. — Pero, ¿cómo la has conseguido?

Blanca. — Pidiéndosela.

Jorge. — ¿Á él?

Blanca. — Sí, á él.

Jorge. — Muy mal hecho. Quién sabe lo que se le ocurrirá creer. (*Nervioso*). Está muy mal... es una niñería...

Blanca. — Oh... no tienes razón... eres muy injusto. ¿Si tú supieras!

Jorge. — Eso es lo que quiero: saber. — Saber lo que aquí pasa. Desde hace tiempo, observo algo que no te podría explicar... algo misterioso... farsaico... No te enojas Blanca. — He callado hasta ahora, por tí... por tí...

Blanca. — ¿Por mí?

Jorge. — Sí, tú estás delicada de salud, aunque no lo creas... y eso me ha detenido á que hable claramente, — pero hay ciertos detalles, ciertos misterios... que no me explico. — Parece que un espíritu maléfico, flotara sobre esta casa.

Blanca. — Por mí... por mi salud... (*Pausa*). Jorge...

Jorge. — ¿Qué quieres?

Blanca. — Ven, siéntate aquí... á mi lado... más cerca...

Jorge. — ¡Qué hay!

Blanca. — No sé como decirte... Es algo...

Jorge. — ¡Ah!... ¿hay algo?

Blanca. — (*Tapándole la boca*). Silencio. Dime: ¿estás seguro de que por mí, por mí sola, has sufrido alguna inquietud?

Jorge. — Sí, y sufro aún. (*Ante su seriedad Blanca empieza á sonreír y á cada exclamación de Jorge, vá intensificando la risa hasta la carcajada*). ¿Pero qué?... ¿qué es eso?... ¿qué hay?... ¿por qué te ríes?...

Blanca. — Pobre Jorge; me tienes que perdonar.

Jorge. — ¿Perdonar?

Blanca. — Sí, tengo un secreto... uno sólo...

Jorge. — Bueno, habla... explícate...

Blanca. — Sí, pero con una condición.—Que me has de perdonar antes. — Oh... qué caras pones! No es nada grave.—Al contrario: te vas á alegrar mucho. ¿Me perdonas?

Jorge. — Sí; habla.

Blanca. — Escucha.... Jorge.... Jorgito.... yo no pienso morirme. Al contrario! vivir, vivir mucho, para tí... para tí... (*Abrazándole*).

Jorge. — Sí, ya sé... ya sé. Pero eso...

Blanca. — Es que tú creías. ¿Verdad?

Jorge. — No, no...

Blanca. — ¿Qué te dijo el doctor Real? Que yo estaba muy grave... que cualquier disgusto... (*Riendo*) el corazón... el corazón...

Jorge. — ¡Ah!... ¿tú sabías?

Blanca. — Pero, si fué una farsa, Jorge. Yo le pedí al doctor Real que te lo dijera... yo... yo misma... y Carola. Como tú entonces no me querías...

Te voy á dar una lección. — ¿Te acuerdas de aquella tarjeta que querías leer el día de mi cumpleaños? Aquí la tienes.

Jorge. — Guárdala. (*Sigue mirando la prueba*).

Blanca. — Ah... no te interesa! Pues yo te la voy á leer... escucha bien... "Blanca... saluda al señor Gustavo Correa y le agradece su atención". ¿estás enterado? Bueno, ahora... (*La rompe*). Ya no queda nada. (*Pausa*).

Jorge. — Pero, ¿cómo la has conseguido?

Blanca. — Pidiéndosela.

Jorge. — ¿Á él?

Blanca. — Sí, á él.

Jorge. — Muy mal hecho. Quién sabe lo que se le ocurrirá creer. (*Nervioso*). Está muy mal... es una niñería...

Blanca. — Oh... no tienes razón... eres muy injusto. ¿Si tú supieras!

Jorge. — Eso es lo que quiero: saber. — Saber lo que aquí pasa. Desde hace tiempo, observo algo que no te podría explicar... algo misterioso... farsaico... No te enojas Blanca. — He callado hasta ahora, por tí... por tí...

Blanca. — ¿Por mí?

Jorge. — Sí, tú estás delicada de salud, aunque no lo creas... y eso me ha detenido á que hable claramente, — pero hay ciertos detalles, ciertos misterios... que no me explico. — Parece que un espíritu maléfico, flotara sobre esta casa.

Blanca. — Por mí... por mi salud... (*Pausa*). Jorge...

Jorge. — ¿Qué quieres?

Blanca. — Ven, siéntate aquí... á mi lado... más cerca...

Jorge. — ¡Qué hay!

Blanca. — No sé como decirte... Es algo...

Jorge. — ¡Ah!... ¿hay algo?

Blanca. — (*Tapándole la boca*). Silencio. Dime: ¿estás seguro de que por mí, por mí sola, has sufrido alguna inquietud?

Jorge. — Sí, y sufro aún. (*Ante su seriedad Blanca empieza á sonreír y á cada exclamación de Jorge, vá intensificando la risa hasta la carcajada*). ¿Pero qué?... ¿qué es eso?... ¿qué hay?... ¿por qué te ríes?...

Blanca. — Pobre Jorge; me tienes que perdonar.

Jorge. — ¿Perdonar?

Blanca. — Sí, tengo un secreto... uno sólo...

Jorge. — Bueno, habla... explícate...

Blanca. — Sí, pero con una condición.—Que me has de perdonar antes. — Oh... qué caras pones! No es nada grave.—Al contrario: te vas á alegrar mucho. ¿Me perdonas?

Jorge. — Sí; habla.

Blanca. — Escucha.... Jorge.... Jorgito.... yo no pienso morirme. Al contrario! vivir, vivir mucho, para tí... para tí... (*Abrazándole*).

Jorge. — Sí, ya sé... ya sé. Pero eso...

Blanca. — Es que tú creías. ¿Verdad?

Jorge. — No, no...

Blanca. — ¿Qué te dijo el doctor Real? Que yo estaba muy grave... que cualquier disgusto... (*Riendo*) el corazón... el corazón...

Jorge. — ¡Ah!... ¿tú sabías?

Blanca. — Pero, si fué una farsa, Jorge. Yo le pedí al doctor Real que te lo dijera... yo... yo misma... y Carola. Como tú entonces no me querías...

Jorge. — Y Real, mi amigo, se prestó á esa compli-
cidad...

Blanca. — No lo acuses... pobre! le pedimos, le ro-
gamos... Yo estaba triste... muy triste...

Jorge. — ¿Con que todo una farsa? ¿Y para qué?

Blanca. — ¿No lo comprendes? Fué por tí... por tí...
para que volvieras á esta casa... para que fueras
el Jorge de antes... el que yo quería... el que yo
quiero... Perdóname, ya ves que ha sido una ino-
cente traición... y que al fin y al cabo, logré mi
propósito... Ahora eres mío, mío para siempre. —
Y ya no habrá secretos, ni dudas, ni misterios.
¡Dime que me perdonas!

Jorge. — Te perdono con toda el alma. (*Con gran ale-
gría, tomándole las manos*). ¿Estás sana verdad?

Blanca. — Sí, verás qué felices vamos á ser. — Ahora
hay que comenzar la vida nueva... hay que
vivir....

Jorge. — Sana... Sana...

Blanca. — Sí, sí; convéncete...

Jorge. — Sana de cuerpo y de alma.

Blanca. — Jorge... ¿qué dices?

Jorge. — Nada... nada...

Blanca. — No, eso no está bien; me guardas rencor...

Jorge. — ¿Á tí, á tí? no querida, no.

Blanca. — Al doctor Real entonces... á Carola...

Jorge. — No, no. ¿Nadie más sabía del complot?

Blanca. — Sí, Maruja y Gustavo.

Jorge. — ¿Gustavo?

Blanca. — Sí, fué una indiscreción de Maruja. — Por
eso era que ya el secreto me estaba pesando dema-
siado... Sentía remordimientos... Pero como tú

te mostrabas enigmático... Todavía no se había
operado el milagro. — Pero ahora sí, estoy con-
tenta... volvemos el uno al otro como si hace
tiempo que estuviéramos separados. — Tú, con la
satisfacción de saberme sana. — Sí, completamente,
— y yo con la alegría íntima de verte aquí, en
casa, en nuestra casa, juntos, muy juntos, para
siempre. — (*Jorge ha seguido abstraído*).

ESCENA IX

DICHOS Y CAROLA

Carola. — Pero, Blanca... por Dios... ya se van las
visitas... Ven un momento por lo menos... á
saludarlas.

Blanca. — Ah... perdóname Carola, voy en seguida.

Carola. — ¿Se fué Gustavo?

Blanca. — Sí; hace rato. (*A Jorge*). Bueno; yo voy un
momento hasta la sala. — No te vayas Jorge, en
cuanto se vayan vuelvo. (*Mutis*).

Carola. — Sí, mujer. Ni te acuerdas que es día de recibo.
— Parece mentira. (*Vá á salir*).

Jorge. — Carola... un momento...

Carola. — ¿Qué hay?

Jorge. — ¿Cómo sigue Blanca?—Sí... del corazón...

Carola. — ¡Ah!... la pobre. Hace días que no viene el
doctor Real.

Jorge. — ¿Pero... usted creë... que sigue grave?

Carola. — Sí; hay que cuidarla mucho, mucho. Ya te lo
dijo el doctor.

Jorge. — ¿Con qué al corazón, eh?

Carola. — Sí, la pobre...

Jorge. — Farsantes... lo sé todo, todo.

Carola. — ¿Qué?

Jorge. — Sí, todo. — Acaba de confesármelo la propia

Blanca. — ¿Con qué una farsa, eh?

Carola. — ¿Ella lo dijo?

Jorge. — Sí.

Carola. — Pero yo no tengo culpa ninguna, — ¿eh? —

Yo me opuse... y además... hoy mismo estaba dispuesta á decírtelo.

Jorge. — Pues, ya lo sé.

Carola. — Bueno... te figurarás que obligada... por cariño á ella... y á tí.

Jorge. — Sí, comprendo. — No es para enojarse... más bien hay que reír. — La comedia estuvo muy bien hecha... las felicito. — Debían de cultivar esas disposiciones para el teatro. ¿Verdad mi buena tía Carola?

Carola. — (*Confusa*). Esta muchacha... parece mentira... (*De pronto*). Voy á despedirme de las visitas, ¿eh? Hasta ahora.

ESCENA X

JORGE, después GUSTAVO

Jorge. — (*Se pasea un momento impaciente. — Después se sienta. — Lee la prueba*). ¡Derrotas triunfales!... ¡Derrotas triunfales!... (*Sigue leyendo breves instantes*).

Criada. — Está el señor Gustavo.

Jorge. — ¿Quién?

Criada. — El señor Gustavo, ¿lo hago pasar á la sala?

Jorge. — Sí... (*Pausa*). No, espera un momento. —

Que pase aquí. (*Sigue paseándose con aire preocupado y guarda la prueba en el bolsillo*).

Gustavo. — Otra vez de vuelta. — La verdad que este libro me dá trabajo. ¿No está Blanca?

Jorge. — No.

Gustavo. — Lo siento porque... había dejado olvidada la prueba de un artículo y hay que corregirlo. Bueno, volveré en otro momento.

Jorge. — No es necesario... Aquí está. (*La saca del bolsillo*).

Gustavo. — ¿Tú lo leiste?

Jorge. — No... es decir, unas líneas.

Gustavo. — Yo quería tener esa atención... Como dedico otros á diversas personas, también quise que Blanca eligiera uno.

Jorge. — Y Carola... ¿no elige?

Gustavo. — ¡Oh!...

Jorge. — ¿Y yo?

Gustavo. — En fin, si tú te empeñas.

Jorge. — Agradezco la distinción. — De un tiempo á esta parte me fastidia la letra impresa.

Gustavo. — ¿Sí? es raro.

Jorge. — Una monomanía... exceso de lectura.

Gustavo. — Será porque no sabes el trabajo que cuesta.

Jorge. — Tal vez. — Mis aficiones literarias no pasaron de los veinte años. La vocación no me llamaba por ese lado.

Gustavo. — Pero de eso, á detestar los libros...

Jorge. — No, la letra impresa... Es distinto. Cuando veo en un diario mi nombre, me fastidia... Así es

que tú perdonarás, pero... no leo tu artículo. (*Lo rompe*).

Gustavo. — Siento que lo hayas roto. Habrá que sacar otra prueba.

Jorge. — ¡Ah!... como tú quieras. — Pero, mira, el nombre de mi mujer en libros que andan de mano en mano, la verdad...

Gustavo. — ¿Te disgusta?

Jorge. — Sí, francamente; suprime la dedicatoria.

Gustavo. — Ella la ha aceptado.

Jorge. — Pero yo no.

Gustavo. — Sin embargo: ella es quien debe decidir.

Jorge. — Mira, ahorremos palabras. — Te prohíbo que pongas su nombre en el libro.

Gustavo. — Tal vez exageras tus derechos de marido. — En cuestiones literarias... la verdad, yo sentiría que ésto la disgustara, porque estando así... delicada de salud.

Jorge. — (*Un poco impaciente*). ¡Ah... sí! — No te preocupes. — No se disgustará.

Gustavo. — Eso es mucho decir.

Jorge. — ¿Qué?

Gustavo. — Claro, tú la obligas á incurrir en un desaire, contrario á su manera de ser.

Jorge. — Ha hecho otros más graves, y no ha pasado nada.

Gustavo. — ¿Á cuál te refieres?

Jorge. — Tú lo sabes.

Gustavo. — ¿Y fué por impulso propio... ó á la fuerza como ahora?

Jorge. — Mira Gustavo, vete. (*Pausa*). Es mejor que te vayas. — No quiero escenas.

Gustavo. — Escenas... ¿de qué? ¿Cómicas? ¿dramáticas? — La verdad, ésto es tan extraordinario, tan inusitado, que no sé que pensar. (*Jorge mira hacia fuera*). Realmente parece una escena de teatro. — No sé si estoy frente á Otello, ó á...

Jorge. — ¿Qué? ¿qué dices?. Repítelo... repítelo... (*Pausa*). Estás frente á un hombre... á un hombre... comprendes?

Gustavo. — Mira, si la tomas por ese lado, si te propones hacer un escándalo ridículo... te prevengo que también estás frente á un hombre.

Jorge. — No, no quiero escándalos. — No olvido que estoy en mi casa.

Gustavo. — Y no olvides tampoco, que con el escándalo podrías conspirar contra la salud, contra la propia vida de aquella á quien pretendes involucrar en un desaire ridículo.

Jorge. — Bueno, basta, basta. Te he escuchado con calma, porque vuelvo á repetírtelo, estoy en mi casa. — Pero es necesario que esto termine de una vez. De otro modo no respondo de mí.

Gustavo. — ¿Es una amenaza?

Jorge. — Como tú quieras. Deseo que no vuelvas más á esta casa.

Gustavo. — ¿Lo dices por tí, ó por ella?

Jorge. — Por los dos.

Gustavo. — Entonces... tienes celos, sí, tienes celos. — Confiésalo.

Jorge. — ¡Gustavo!

Gustavo. — La vieja historia. No debes estar muy seguro de tu conducta, no debes estar convencido que le prodigas el cariño que merece, cuando ves sombras por todas partes.

Jorge. — No tengo por qué dar á nadie explicaciones de mi conducta. (*Pausa*).

Gustavo. — Perfectamente. Me marchó. (*Va hacia la puerta y desde allí*). No pisaré más esta casa. — Pero entiéndelo bien. Me queda el penacho. Si aquí ha habido comedia, Blanca es bastante superior para saber quién ha sido Cristian y quién ha sido Cyrano.

Jorge. — ¡Ah!... no. Ven aquí, no te vayas, ven.

Gustavo. — ¿Qué quieres?

Jorge. — Ven... habla... explica esas palabras... (*Lo toma del brazo y vienen á primer término*).

Gustavo. — ¿Qué? ¿qué te propones?

Jorge. — Lo que tú quieres. Ahora mismo vas á dar cuenta de tus palabras, de tus indirectas, de tus suspicacias, de tus bajas intenciones... ó de lo contrario, tendrás que arrepentirte de lo que has dicho.

Gustavo. — Pronto te has olvidado de que estás en tu casa.

Jorge. — El que te olvidas, eres tú, que vienes hasta ella en la sombra como un reptil, á dejar la baba ponzoñosa... Basta de farsas... basta de subterfugios. — Si eres un hombre, atrévete á decir cara á cara, lo que ocultas en tu alma ruin... Sácate el antifaz... Dí que la quieres... dilo... y que esperas... esperas... en acecho...

Gustavo. — ¿Quiéres el escándalo? ¿quiéres que todos se enteren? Pues bien, sí: la quiero... la quiero más que nunca. Y ella también.

Jorge. — Mientes, mientes, te desprecia.

Gustavo. — No; es á tí á quien desprecia, porque no

has sabido apreciarla. Porque ni un sólo día has interpretado sus sentimientos. Porque conquistaste su cuerpo, pero no su corazón. — Hace seis años, triunfaste porque eras rico, porque la suerte estuvo de tu lado. Pero no has sabido merecerla... y el alma es mía... mía... y lo será aunque tú no quieras, aunque te opongas nuevamente por la fuerza...

Jorge. — Mientes.... mientes.... eres un canalla.... eres un cobarde! Has estado traicionándome en la sombra.

Gustavo. — Es mía... es mía.

Jorge. — Te has creído en la impunidad. Pues te has engañado... Esta sana de cuerpo y de alma. — Es mía, porque soy más fuerte, porque soy más hombre...

Gustavo. — Eso lo veremos...

Jorge. — Sí, ahora mismo. (*Le dá una bofetada*). Así...

Gustavo. — ¡Ah!... miserable... te mataré... te mataré... Pero como matan los hombres de honor.

Jorge. — Cuando quieras, estoy pronto. — Vete de esta casa... Fuera!... Canalla!... Canalla!... Cobarde!... Cobarde!... (*Mutis de Gustavo*).

TELÓN

ACTO TERCERO

DECORADO: Salita de despacho y biblioteca. — Un reloj de pared, tapices y muebles severos. Sobre el escritorio lámpara eléctrica encendida y aparato telefónico. — Algunos bronce, vitrinas, etc. Al foro y laterales puertas practicables.

ESCENA I

JORGE, después BLANCA por el foro

Jorge. — (Al levantarse el telón, escribe breves instantes. Después lacra un sobre y le pone dirección. Durante un instante queda perplejo. — Coloca el sobre en un cajón del escritorio. Va hasta la puerta y ventana, cerciorándose de que nadie lo vé. Toma de la vitrina una caja y la abre encima del escritorio. — Saca dos pistolas; hace jugar los gatillos, cerciorándose de que funcionan bien y vuelve á ponerlas en la caja, y ésta en la vitrina. Cuando está en ello, suena el timbre del teléfono). Hola.... hola.... con Julio? Ah.... sí.... con Jorge.... sí.... sí.... cuando quieras.... estoy esperando.... (Mira el reloj). Son las cinco y media... ¿á las seis? ¿En el Círculo de Armas?... muy bien... (Entra Blanca por la puerta del foro)... No, no hay necesidad, vamos á pie... queda muy cerca. — Bueno, los espero. — ¿Qué?

¿qué?... ¿Una nueva condición?... ¿Eh.... á veinte pasos y apuntando? Perfectamente. Sí, han hecho bien; no se podía discutir. — Bueno, los espero... (*Cuelga el tubo*).

Blanca. — ¿Qué hay Jorge?... ¿Tú?

Jorge. — No... figúrate; otra vez de padrino... El pobre Carlos...

Blanca. — ¿Carlos? ¿Y no estaba en la estancia?

Jorge. — No; eso fué un engaño, para que no sospecharan... ustedes y... Maruja... Ahora te lo digo, porque al fin y al cabo (*mirando el reloj*) dentro de un rato, ya habrá pasado todo. Pero que no se entere nadie, ¿eh?

Blanca. — Pobre Calaca... Él que siempre tomaba á broma las cosas! Y es en condiciones graves... Me pareció oírte.... á veinte pasos y... apuntando.

Jorge. — Sí.

Blanca. — Entonces puede ser trágico... fatal?

Jorge. — Sí... pero yo confío en que saldrá bien. — Es un segundo de peligro.

Blanca. — Pobre... él que siempre decía en broma: á veinte pasos. ¿Y por qué ha sido?

Jorge. — Una ofensa grave... en asuntos íntimos... cuestiones de familia...

Blanca. — Qué horror... Y la pobre Maruja que pensaba en el baile... ¿No ha venido?

Jorge. — No.

Blanca. — Yo la invité á cenar... No sabrá nada, por supuesto.

Jorge. — Es claro que no.

Blanca. — Dime, ¿y tú no podrías hacer algo? Que fuera sin apuntar por lo menos.

Jorge. — No se puede...

Blanca. — Mira que son malos los hombres. — ¡Ah!... qué barbaridad. Parecen salvajes... no piensan en la familia... en nada!... La pobre madre!... No quiero ni pensarlo... Bueno, yo voy hasta mi cuarto á dejar el sombrero. Vendré antes de que te vayas...

Jorge. — Muy bien.

Blanca. — El pobre Carlos. (*Mutis izquierda*). (*Jorge la vé irse, la contempla un instante y se enjuga las lágrimas. Después enciende un cigarrillo, y se pasea á grandes pasos por la estancia*).

ESCENA II

JORGE y CAROLA por lateral derecha

Carola. — (*Con traje de calle*). Jorge... Jorge... por favor.... Dime la verdad.... ¿Ha pasado algo entre tú y Gustavo? Anteayer me pareció oír algo.

Jorge. — No... nada... discutíamos sobre literatura. Él es tan vehemente.

Carola. — No... dímelo... Acabo de recibir una esquila suya y me dice que vaya á su casa antes de las seis. Que es un asunto muy grave... y tiene que entregarme algo en mano propia... algo que yo sola puedo saber... ¿Qué hay?... Dímelo... por favor...

Jorge. — Nada, mujer, nada... Se preocupa sin motivo. (*Viendo al doctor Real en la puerta*). Oh.... cómo te vá? Al fin se te ocurre venir por aquí.

Dr. Real. — Sí, tuve mucho que hacer. ¿Cómo está señora?

Carola. — Muy bien, doctor.

Dr. Real. — ¿Y Blanca?

Carola. — Está ahí... dentro. — Con permiso... ustedes disculparán, pero.... tengo necesidad de salir... hasta ahora doctor... Adiós Jorge...

Jorge. — Hasta luego; vaya tranquila. (*Mutis de Carola por el foro.*)

ESCENA III

DOCTOR REAL y JORGE

Jorge. — Siéntate... tengo poco tiempo disponible... porque iré un momento hasta el Círculo, pero vuelvo en seguida.

Dr. Real. — Sí; sospecho que tienes que salir.

Jorge. — Está bueno; ¿telepatía?

Dr. Real. — No; he oído por ahí ciertos rumores, y precisamente vengo á hablarte de eso... como amigo... y como médico.

Jorge. — ¿Qué? ¿Te han dicho que estoy enfermo?

Dr. Real. — Déjate de bromas, Jorge... no es el momento. — Dime la verdad: ¿tú has tenido algún incidente con Gustavo? He oído hablar...

Jorge. — Bah... la gente desocupada no sabe que inventar.

Dr. Real. — Vamos... no me hagas comedia... Ya te he dicho que necesito saber la verdad... Toda la verdad... ¿Comprendes? Si en algo aprecias mi amistad...

Jorge. — Oh... tú sabes bien.

Dr. Real. — Bueno... habla claro. ¿Han tenido algo? ¿Algún incidente?

Jorge. — Sí... ya que te empeñas.

Dr. Real. — ¿Pero tuvo alguna trascendencia? ¿dónde fué?

Jorge. — Aquí... en casa.

Dr. Real. — (*Con gran interés.*) ¿Y Blanca... lo sabe?

Jorge. — No... Estábamos solos... Ya me tenía hartos con sus impertinencias y no pude contenerme.

Dr. Real. — ¿Qué?

Jorge. — Una bofetada.

Dr. Real. — Oh... entonces es cierto lo que por ahí se dice... que hay un lance....

Jorge. — Depende de lo que resuelvan los padrinos.

Dr. Real. — ¿Ya no lo han resuelto?

Jorge. — No sé. Creo que no.

Dr. Real. — Bueno, me alegro; hay que evitar el escándalo á toda costa... de todos modos. Y hasta el encuentro si es posible.

Jorge. — Eso no depende de mí... tú comprenderás. — Después de lo ocurrido, yo soy el que menos...

Dr. Real. — Sí, comprendo. — Pero habiendo buena voluntad... en los mediadores... Siempre puede encontrarse una fórmula satisfactoria... Sí, te conozco bien... En otro caso... yo no te diría nada... pero ahora... no es posible... sería un crimen...

Jorge. — ¿Por qué?

Dr. Real. — Por ella Jorge, por Blanca. — Tú sabes lo que tiene, es muy grave... y una emoción de esta naturaleza... Oh... no quiero ni pensarlo.

Jorge. — Bah... (*riéndose*). ¿Y eso era lo que tenías que decirme? Inocente... (*rie nuevamente*) fantástico!...

Dr. Real. — Jorge... ¿qué es eso? ¿Te burlas de mí?

Jorge. — Al contrario... Eres tú.

Dr. Real. — Pero... explicate.... Me parece que el asunto y el momento, no son para gastar bromas.

Jorge. — (*Después de reir nuevamente*). Lo sé todo... todo...

Dr. Real. — ¿Qué?

Jorge. — Lo de la enfermedad al corazón... ¿Con qué muy grave, eh? — Muy bien, te felicito... Al fin y al cabo la farsa ha salido bien. — Me ha reconquistado, querido! Y en qué forma. — No pienso más que en ella y la quiero como nunca... Eso sí, yo también tengo que reconquistarla por completo! Ya ves, pues, que si lo del lance fuera cierto, iría á él, como se vá á un torneo, á una justa, y pasaría impávido por la prueba trágica, con la arrogancia del caballero que lo hace por su dama. ¿Comprendes la satisfacción que tendría después del minuto de angustia? Entraría en esta casa llamándola á gritos y diciéndole: Blanca... Blanca... fué por tí... por tí...

Dr. Real. — Bueno, todo lo que tú quieras.... Pero vuelvo á repetirte: está grave, grave, y una gran emoción...

Jorge. — Oh... todavía insistes! Por lo pronto, si hubiera algo, ella no se enteraría. Crée que es otro, y como está acostumbrada á verme intervenir en estos lances.

Dr. Real. — Esas cosas se adivinan Jorge, se presienten.

Jorge. — Pero... aún así... para que insistes... Lo sé todo... todo... Ella misma me lo confesó, cuando estuvo convencida de que había logrado su propósito...

Dr. Real. — Sí, está bien; está bien. Habrá habido una coincidencia, pero mi deber, es repetirte que...

Jorge. — (*Viendo á Blanca*). Mira, aquí está Blanca... ella misma te dirá.

ESCENA IV

DICHOS y BLANCA

Blanca. — ¿Cómo le vá doctor? ¡Parece mentira! ¡Hace días que no viene á vernos!

Jorge. — Y eso que sabe que estás muy grave... ¿No creerás que todavía estaba empeñado en convenirme, en lo del corazón?... Sí... en tu gravedad... Amigo, otra vez no se meta á hacer comedias con mujeres, porque á lo mejor...

Blanca. — ¡Ah!... doctor... usted que es tan bueno me perdonará.... ¿verdad que me perdona? Yo no pude guardar por más tiempo el secreto y se lo dije todo, todo... (*Á Jorge*). Pero tú me prometiste no descubrirme. Eso está muy mal. Ya ves el ridículo en que... nos pones. — ¿Verdad que me perdona, doctor?

Dr. Real. — Sí... y que te perdone Dios!

Blanca. — Oh... de eso estoy segura. Bueno, la farsa dió su resultado, pero la cura todavía no ha sido completa. — Este caballero, todavía tiene que pagarme muchas cuentas atrasadas. — Pero la

verdad, es que está mejor... muy mejorado... es otro doctor... comienza á ser el Jorge de antes.

Jorge. — ¿Lo oyes?

Blanca. — Y me figuro que usted se alegrará... como todos nuestros amigos. — Ahora lo que faltaría para... el restablecimiento, es el viaje á Europa. ¿verdad?

Dr. Real. — Sí, ya debían haberlo hecho!... Ojalá lo hubieran hecho antes!

Blanca. — Pero aún estamos á tiempo... ó se cree que ya estamos viejos? No, aún nos queda mucha vida por delante, para vivirla intensamente.

Jorge. — Sí, el viaje queda concertado desde ya. — Seis meses, ó un año, lo que tú quieras...

Blanca. — Vé usted... es otra persona. — ¡Qué alegría viajar juntos por ahí! Sentir que la vida exterior pasa como en cinematógrafo, mientras que en lo íntimo, el sentimiento permanece inalterable. ¡Oh... qué hermosura! Primero el mar; con su majestad imponente, que hace reflexionar hasta á los más incrédulos. ¡Quién sabe no lo convierto á la religión! ¡Sería la última victoria! ¡Y después! Yo tengo un recuerdo vago del primer viaje que hice con papá... Los paisajes, los lagos, las montañas, los túneles... ¡Ah... yo les tenía un miedo! Pero ahora no lo sentiré. — Ni la muerte me preocupará, porque... yendo con él, ¿verdad doctor? Y la vida de hoteles y teatros... Lo que es esta vez, no perderé nada... Iremos... hasta á los *cabarets*... ¿eh Jorge? Á mí no quisieron llevarme porque era muy incorrecto... pero yendo contigo... ¡Y el viaje por el

Rhin... y los lagos de Escocia... y Venecia! ¡Ah... figúrese usted, si no es una dicha inmensa, andar de un país á otro, viendo distintas costumbres... escuchando diversas lenguas... Hoy en París... "Allons, Allons á l'opera"... y después en Londres: "What do you say mister"... después en España: "á la Plaza de Toros: ande usted... ande usted"... y luego en Nápoles, frente al Vesubio, escuchando las serenatas bajo el cielo azul: "Vita oh mare, cuanto bello". — No me diga usted doctor que no es la felicidad completa. — ¿Usted no se alegra? — Parece mentira.

Dr. Real. — Sí, Blanca, sí; recuerde que fuí yo quien le dió la receta.

Blanca. — ¿Y tú Jorge?

Jorge. — ¡Cómo no, figúrate! Deseando estoy que llegue el momento de embarcarnos... Hay que irse preparando desde ya....

Blanca. — ¿Y á Carola... la llevamos?

Jorge. — ¡Cómo tú quieras!

Blanca. — Oh... tendrá una satisfacción. — Figúrense ustedes que nunca ha viajado. — El viaje más largo ha sido hasta Las Piedras. — ¡Ah en cuanto venga, le daré la noticia... Cómo se va á alegrar!

Criada. — Señor, ahí lo buscan. — Dicen que lo esperan.

Jorge. — Ah... sí... ya me había olvidado. (*Va hasta la vitrina y saca la caja de pistolas*). Les aseguro que será el último lance en que intervengo. — De hoy en adelante, no acepto más padrinzgos, ni direcciones. — Que se las arreglen como puedan....

Blanca. — Sí... por favor! — Ya sería tiempo de que te dejaran en paz!

Jorge. — Pero esta vez, tú comprendes... Un amigo tan íntimo....

Blanca. — Pobre Carlos... quién había de decir. (*Gestos entre Jorge y el doctor Real*).

Jorge. — No te invito á que vayas como médico, porque ellos ya eligieron. — Quédate con mi mujer... yo vuelvo pronto y comeremos juntos.

Dr. Real. — Bueno, si vienes temprano.

Jorge. — Hasta ahora, Blanca... (*á Real*) con tu permiso... para que no se queje, (*le dá un beso*). Hasta ahora, ¿eh? (*Mutis*).

ESCENA V

BLANCA y DOCTOR REAL

Blanca. — Vé usted... es otro. — Antes salía de casa con una indiferencia que me irritaba. — Ahora, por lo menos... lo hace cariñosamente. ¿Pero qué serio está usted? Oh... no sea así. — Yo mantuve la farsa hasta que fué posible, pero después... me dí cuenta de que era injusto estarlo engañando... Vamos, no hay que enojarse por eso.

Dr. Real. — No, en el primer momento, me disgustó un poco, pero ahora... Y usted ¿ha seguido bien?

Blanca. — Le aseguro que la cura ha sido radical. — Ya no siento tristezas... ni melancolías...

Dr. Real. — Hay que cuidarse... cuidarse mucho...

Blanca. — Pero si estoy bien, completamente... Tó-

meme el pulso, verá. (*El le toma el pulso*). ¿Qué tal? ¿Verdad que anda bien?

Dr. Real. — (*Después de una pausa*). Sí.

Blanca. — Pues alégrese, hombre, — Hoy tiene usted una cara seria, seria. — Eso no está bien. (*Sentándose*). Mire doctor, sólo con usted tengo intimidad para decirle ciertas cosas...

Dr. Real. — ¿Y qué tiene que contarme?

Blanca. — Ah... usted no se figura! Qué transformación en pocos días! Antes... Paseos, diversiones... me aburrían. Él no estaba allí... Y los otros!... Bah... nunca se me ocurrió pensar que un afecto extraño pudiera reemplazar al que se juró en el día de bodas... ¿verdad?

Dr. Real. — Sí, Blanca, ha hecho usted bien.

Blanca. — Verá... últimamente me propuse darle celos... pero en apariencia no más.

Dr. Real. — Ah... sí? Con qué esas teníamos?

Blanca. — Sí, es el único pecado... pero tan inocente! — Un ramo de flores, una tarjeta sin importancia.

Dr. Real. — ¿Á quién?

Blanca. — Bah... no es nada, — usted sabe que Gustavo, venía siempre á casa...

Dr. Real. — ¡Ah... Gustavo!

Blanca. — Sí... él ha sido siempre muy respetuoso, aunque en la niñez hubo algo...

Dr. Real. — Comprendo, comprendo.

Blanca. — Pues, verá usted... En vez de mostrarme absolutamente indiferente como antes... tuve algunas atenciones... nada más, eh?... Pues, santo remedio.

Dr. Real. — Pero usted ha hecho muy mal.

Blanca. — Después me dí cuenta que era peligroso... sí, peligroso... porque Gustavo... es así, romántico, poeta... y por eso me apresuré á decirle á Jorge.... lo de la farsa... para terminar de una vez...

Dr. Real. — ¿Y no habrá cometido usted alguna imprudencia?

Blanca. — Oh... bien me conoce. La comedia fué completamente inocente... tanto... que se acabó... se acabó para siempre. — Ahora Jorge es mío, mío solamente. (*Pausa*). ¿Le disgusta la confianza? Parece usted preocupado.

Dr. Real. — No... no es para tanto.

Blanca. — Claro... Con usted, no tengo por qué fingir... porque usted sabía demasiado cual era mi vida... Oh... ; Cuántas veces me alentó con sus palabras!

Dr. Real. — Era mi deber.

Blanca. — Pero ahora... usted no se figura que dicha inmensa es para mí, tener la seguridad de que han vuelto los alegres días que yo creía perdidos para siempre... Ahora sabré defenderme... sí... porque para algo sirve la experiencia. — ;Y si tuviera la suerte de tener familia! Ah... sería la dicha completa. — Figúrese un nene rubio, saltando y corriendo entre nosotros. — ;Sería otro vínculo fuerte, que nos uniría para siempre!... Oh... á usted no le interesan estas cosas, porque está siempre preocupado con sus enfermos y sus recetas. — Pero una casa... como la nuestra.... solos... ;Ah! no quiero ni pensarlo. — Creo que me enloquecería de satisfacción. (*Pausa*). Diga,

doctor... pero guárdeme el secreto... y no vaya á decirle á Jorge, que yo le he preguntado...

Dr. Real. — ¿Qué?

Blanca. — Es que... no sé como decirle... usted se vá á reir... pero un médico, es como un confesor. ;no es cierto?

Dr. Real. — (*Mirando el reloj*). Sí... sí...

Blanca. — Oh... pero lo dice de un modo. — Parece que no le interesa. — Pues no le pregunto nada.

Dr. Real. — No, Blanca, usted sabe...

Blanca. — Pues yo quería preguntarle, si... como haremos un viaje.

Dr. Real. — ¿Qué?

Blanca. — Si usted cree que con el cambio de clima... es posible...

Dr. Real. — Ah!.... (*seña de chicos*).

Blanca. — Sí... yo tengo una amiga que después de seis años... ¿usted cree?

Dr. Real. — Sí, es posible. — Ha habido muchos casos.

Blanca. — Usted no se figura que alegría me causan sus palabras. ;Si Dios quisiera! Sería la dicha completa.

ESCENA VI

DICHOS y CAROLA por el foro

Blanca. — ;Ah... Carola! tengo que darte una noticia.

Carola. — Sí... ¿qué hay?

Blanca. — Que Jorge me ha dicho que pronto haremos

un viaje á Europa... y que tú irás con nosotros.

(Pausa). ¿Pero no te alegras, mujer?

Carola. — Sí, me alegro mucho.

Blanca. — Sin embargo... No sé, pero será porque yo estoy tan contenta, que me parece que hoy los demás, no sienten como yo...

Carola. — No, hija me alegro... ¿Cómo no he de alegrarme? ¿Y Jorge hace mucho rato que salió?

Blanca. — No, hace un momento. — ¿No sabes lo que le pasa al pobre Carlos?

Carola. — ¡Qué! ¿no está afuera?... Él dijo que volvía mañana.

Blanca. — No, si no fué... Era un engaño para que no desconfiáramos. — Parece que ha habido una cuestión enojosa... y que tiene un duelo... Jorge es padrino... ¡Dios mío, que no vaya á ocurrir alguna desgracia!... (Carola y el doctor se miran haciendo gestos de inteligencia). Y la pobre Maruja... no sabrá nada... Quedó de venir á comer esta tarde con nosotros... Si viene, hay que tener cuidado... de indiscreciones... ¿Verdad Carola?

Carola. — Sí, yo había oído algo y por eso estaba un poco preocupada...

Dr. Real. — Yo había oído también... pero como decían que estaba en el campo...

Blanca. — (Mirando por los visillos hacia la calle). Ya está anocheciendo. Que linda tarde. (Carola y el doctor Real se dan por entendidos por un gesto. El doctor Real saca el reloj y señala las seis). Parece mentira que los hombres sean tan malos... (Pausa). ¡Ah... sí... me parece que es Maruja... sí, es ella... vá á subir. — Por

favor que no vaya á desconfiar nada, ¿eh? Pobre... con tal de que no sepa... ¡Ah Dios mío! (Pausa). (Desde el foro). Aquí viene... ven Maruja... estamos aquí.

Voz interior. — ¡Ah... Blanca!

ESCENA VII

DICHOS y MARUJA

Maruja. — ¿Cómo te vá? Ya ves que cumplo mi palabra... no vine antes, porque estuve en las tiendas. ¿Cómo está doctor?

Dr. Real. — Muy bien, señorita.

Maruja. — Adiós Carola (la besa). Ha hecho un día espléndido. Figúrense que he andado todo el día en la calle... Se me ocurrió comprar unas gasas... para mañana... para el baile... y es un trabajo... Las tiendas están llenas...

Blanca. — Ah... es verdad... el baile. — Seguro que estará muy animado.

Maruja. — Sí, todos me dicen lo mismo. Hay tan pocas fiestas aquí.

Blanca. — Me figuro que vienes á comer.

Maruja. — Sí.

Blanca. — Mira, pasa ahí al cuarto... y sácate el sombrero.

Maruja. — Sí, vamos. (Sale izquierda).

Blanca. — Por favor, no pongan esas caras que vá á desconfiar. (Mutis).

Carola. — ¿Usted sabe?

Dr. Real. — Sí... á las seis.

Carola. — Vengo... de casa de Gustavo. — El pobre quería despedirse... y me dió una carta... para ella... por si ocurre algo.

Dr. Real. — Por Dios, no la vaya á mostrar. Blanca...
(*Vá á decir algo*).

Carola. — ¿Qué?

Dr. Real. — Está grave, grave... al corazón.

Carola. — ¿Entónces la farsa?

Dr. Real. — Fué para ustedes... no para mí... Silencio. Ahí viene.

Blanca. — Ven aquí... con nosotros.—Cuéntanos algo.
¿Piensas divertirte mucho en el baile?

Maruja. — Ah... cómo no. (*Durante toda esta escena, Carola y el doctor Real demuestran gran impaciencia, Carola vá hacia la puerta y la ventana. — Real permanece abismado*)... Figúrate que hace más de un año que no voy á ninguna fiesta. — Pero ayer ya les dije en casa: basta de encierros.

Blanca. — Sí, hija, diviértete.—No hay que pensar en escenas tristes. Hay que vivir; para eso es la juventud; al fin y al cabo los años se pasan... y la vida es corta. Me figuro lo que te vas á divertir. (*A Real y Carola*). Pero ustedes... qué callados... (*haciendo señas*). Parece mentira que no se alegren de la felicidad de Maruja... Bien la merece, ¿verdad?

Carola. — Sí, cómo nó!

Dr. Real. — Me pareció que se comunicaban confidencias...

Blanca. — Pero... se pueden oír... Pues sí, Maruja, Marujita. (*Acariciándola*). Hay que divertirse. —

Mira, nosotros haremos dentro de poco un viaje á Europa. — Hoy me lo dijo Jorge.

Maruja. — ¡Ah... quién pudiera! Yo tengo unas ganas... varias veces se lo he dicho á papá... Mira: te voy á mostrar un *aigrette* que he comprado para el baile de mañana... ¿Dónde está la cartera?... que cabeza la mía... (*La busca un instante*). Ah!... aquí está... (*Pausa. Mientras encuentra la cartera, la abre y muestra el aigrette á Blanca, suenan las seis en el reloj, con el consiguiente estupor de Carola y el doctor Real*).

Maruja. — ¿Te gusta?

Blanca. — ¡Ah!... muy mono. — Te vá á quedar muy bien.

Maruja. — Si vieras lo que me ha costado encontrarlo... Yo había visto unos paraísos, muy vistosos, pero éste es más lindo...

Blanca. — Sí, ya lo creo... Á ver cómo te queda.

Maruja. — Oh.... con este peinado.... no vale la pena... (*Se lo pone*). ¿Queda bien?

Blanca. — Sí, te aseguro que sí... ¿Se llevan mucho todavía?

Maruja. — Ya lo creo, lo que hay es que cada día están más caros...

ESCENA VIII

DICHOS y CRIADA, después CARLOS

Criada. — Pase, pase señor... Aquí está la señora.

Blanca. — ¿Quién? Oh.... Carlos.... usted.... usted... ¿Y?...

Carlos. — Yo mismo señores; sano y salvo, ya lo ven.
 Blanca. — Ah!... que alegría. Al fin... al fin... Alégrate Maruja... alégrate... ha corrido un gran peligro...

Carlos. — ¿Y usted cómo ha sabido?

Blanca. — Ah!... yo sabía... sí... yo sabía... estaba nerviosa...

Carola. — Sí... Carlos... éste...

Dr. Real. — (Tosiendo). Sí, felizmente, ya pasó... no se hable más.

Maruja. — Pero, ¿qué hay, qué ocurre? Yo pensé que usted no vendría hasta mañana.

Carlos. — Sí... pero... volcamos con el automóvil... y por eso decía que estaba sano y salvo... Recién llegamos en coche.

Blanca. — ¿Pero usted no ha visto á Jorge?

Carlos. — No.

Blanca. — Si él lo esperaba... tal vez le anda buscando... Ah... pero... entonces usted!... Oh... Jorge!... (Á Real). Diga doctor, ¿qué hay? ¿qué hay? Conteste por favor...

Dr. Real. — Nada... un error... una confusión... No se preocupe...

Blanca. — Carola, Carola... tú sabes algo... dílo... dílo... (Tomándole las manos). Habla... habla...

Carola. — Blanca... por Dios... no te alteres...

Blanca. — Habla te digo... por favor... dí lo que sepas...

Carola. — (Llorando). No sé, no sé....

Maruja. — ¿Pero qué pasa?

Carlos. — Es raro esto...

Blanca. — Ah... Dios mío!... Jorge!...

Dr. Real. — Vamos Blanca, cálmese... cálmese...

Blanca. — Ah... sí... sí... (Corre hacia el teléfono y toca precipitadamente el timbre). Hola... hola... señorita... señorita... Con el "Círculo de Armas"... sí... en seguida... pronto... ¿qué?... ¿el número?... ¿para qué?... pronto, digo... ¿el número?... bueno, bueno... (Busca precipitadamente encima del escritorio tirando al suelo todos los papeles.—No encontrando nada abre un cajón. —Mientras tanto los otros se acercan y le hablan).

Dr. Real. — Pero Blanca tenga calma... yo le explicaré todo...

Carola. — Sí, querida, el doctor sabe. (Blanca en su búsqueda febril encuentra el sobre lacrado).

Blanca. — Ah... de Jorge... para mí... (Toma el tubo del teléfono). Señorita... señorita... con el "Círculo de Armas"... en seguida... por favor... se lo pido... espero... espero... no demore... Ah! Ay!... me ahogo... ay... me muero... (Se apoya sobre el escritorio con el tubo en la mano, queriendo hablar). Jorge... Jor... (Cae desplomada sobre el sillón).

Carola. — Doctor, usted, pronto, pronto...

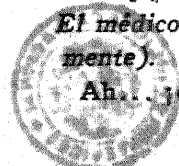
Maruja. — Ay... Dios mío...

Dr. Real. — (La observa deténidamente auscultándole el corazón y tomándole el pulso). Era fatal, era fatal... Pobre...

Carola. — ¿Qué? (Interrogan ansiosos con la vista. — El médico baja la cabeza contestando afirmativamente).

Ah... ¿qué horror!...

(Lloran).



Maruja. — Pobre Blanca.

Carlos. — Pero... esto es horrible...

Dr. Real. — Sí... una coincidencia fatal...

ESCENA X

DICHOS y JORGE por el foro

Jorge. — (Se escucha desde el interior la voz de Jorge). Blanca... Blanca... aquí estoy... (Aparece en la puerta del foro con la caja en la mano. Todos tratan de ocultar el cadáver). Blanca!... Ah ustedes!... ¿dónde está mi mujer?... ¿dónde está Blanca?... (Pausa). (A Real). Todo salió bien, los dos ilesos... Pero me pasó cerca... (Señalando un hombro. Deja la caja). ¡Y Blanca! Tengo ansiedad en verla... Pero ¿qué hay?... ¿qué pasa?... ¿qué es esto?... (Avanza hacia ellos, los aparta bruscamente y al ver el cuerpo de Blanca, grita azorado). Blanca... ¿qué?... ¿qué?...

Dr. Real. — Jorge... llegaste tarde... era fatal... no quisiste creermelo.

Jorge. — Habla... habla...

Dr. Real. — Sí, era fatal... era fatal...

Jorge. — ¡Muerta! (Gestos y sollozos de circunstancias).

TELÓN

